

EL RUIFEDO

SEMANARIO GRAFICO DE LOS TOROS

Núm. 1.019 • 2 enero 1964 • Dirección y Redacción: Avenida del Generalísimo, 142 - Tel. 235 22 40 • Precio: 10 ptas.

COGIDAS GRAVÍSIMAS
O MUY GRAVES: 10

COGIDAS GRAVES
O MENOS GRAVES: 74

COGIDAS DE PRONÓSTICO
RESERVADO: 44

(INFORMACIÓN
EN
PÁGINAS
EXTERIORES)



LA HORA DE LA VERDAD HA
LLEGADO CON
JOSE FUENTES
DIRIGIDO POR
RAFAEL SANCHEZ PIPO.
FELIZ AÑO 1964

NY/LN - 89 1905 GMT 03050M PRESS ASHABLAN LON VIA POA CABLE
MEXICO CITY: SPANISH BULLFIGHTER JUAN GARCIA "MONCENO" SHOWN
ACTION IN BULLFIGHTING HERE 12/15. HE HAS ANNOUNCED PLANS TO QUIT
FIGHTING AND BECOME A MONK. (SPECIAL FOR MADRID) UPI CABLEPHOTO



100 ANOS DE SUPREMACIA
MUNDIAL EN TORO

HASTE HASTE



LOS QUE SE VAN

ADIOS Juan García. Una nueva vida te espera. Vas allí donde nada saben de estilos toreros, donde sólo se valoran a los hombres como hombres, para perfeccionarlos, para acercarlos a Dios. Dices adiós sin tristeza, porque te vas donde te llaman. La llamada es fuerte, sobrenatural, y acudes encantado. Dejas esto que nada vale. «Esto», que para otros es mucho y para ti nada representa.

Algún día en la pequeña celda, cuando allá fuera, tras los barrotes de tu ventanuco sientas el ruido de las chicharras en la noche agostosa, puede que te acuerdes que a esas horas irías por la carretera a enfrentarte con la muerte en otra feria. Pero todo quedará como un recuerdo grato, como un sueño, como un sueño que proporcionó paz y prosperidad a los tuyos e hizo posible tu auténtico sueño: el de la vida monástica.

Tal vez, en las horas de asueto, de recreo, en el muerto que tus mismas manos cuidarán, algún hermano de la Comunidad te preguntará sonriente e intrigado: «¿Qué es una manolita, fray Juan?» Una manolita es... Y no sabrás responder. Acabarás simulándola con las manos para que se haga una idea. Porque el torero no se explica con palabras. Se ve, se dice y se hace sobre la marcha, sin preparativos ni preámbulos.

Fuerte contraste entre los que se van y los que vuelven. En todos existe una especie de hastío que los hace buscar nuevos horizontes. Irse y volver. Depende el momento, la circunstancia.

«Mondelión» parece que se va para no volver; se va para siempre a una nueva vida, a esa vida. Allí sonreír. Estamos seguros que su habitual seriedad en los ruedos desaparecerá. Nació, vivió y sintió «en», «para» y «la» vocación. Esa vocación le aparta de los ruedos. Ruedos que para él sólo fueran una insignificante contingencia y a los que salió con su forma de ser que adaptó a su estilo. Estilo en el que no vamos a entrar porque no es hora de hablar de estilos, sino de hacer despedidas. Despedidas sinceras para que en las seculares piedras del convento encuentre Juan García la paz, esa paz que ha buscado con ahínco y que ya tiene al alcance de la mano.

V. Z.

LECTORES Y MATEMATICAS

7.000 por 40 igual 280.000

NOS llegan dos comunicaciones que por su originalidad nos interesa destacar. Se trata de dar entrada a las matemáticas en EL RUEDO. Pero a unas matemáticas sin grandes incógnitas que resolver. A unas matemáticas claras, incluso para los profanos en la materia. Hay que establecer comparaciones entre el número de corridas que se toreaban antes y las que se torea ahora. Hay que establecer comparaciones entre lo que se cobraba antes y lo que se cobra ahora.

Dos comunicantes —a los que agradecemos su "salida a los medios"— nos facilitan esta labor con sus ligeras y originales estadísticas. Reproducimos lo que nos dicen sin comentarios por nuestra parte. Cada cual que saque las consecuencias que estime más convenientes. La cosa es así:



Joselito



«Bombita»



Ordóñez



«El Cordobés»

Sr. Director de EL RUEDO.
MADRID.

Muy señor mío: A continuación le pongo unos párrafos por si quiere publicarlos en la sección «Crítica constructiva, no lloros y añoranzas». Gracias y queda suyo affmo. s. s. q. s. s. m.

«BOMBITA» COBRABA CINCUENTA MIL DUROS LARGOS POR CORRIDA

En el número 1.016 de 12 de diciembre actual, y con el título «Ley de contrastes», publica EL RUEDO el recibo manuscrito de don Ricardo Torres «Bombita», de siete mil pesetas cobradas por torear en la corrida de la Asociación de la Prensa en mayo de 1913. Además, en la postdata hace un donativo de quinientas pesetas a la Asociación.

Después se publica un cuadro de precios de una corrida en Bilbao en 1963. Como deja sin hacer el comentario, me permito yo el hacerlo. Cincuenta años nos contemplan. Y por lo menos CUARENTA VECES más caro todo. El pan, los demás alimentos, los vestidos, los zapatos, los alquileres, los automóviles, todo. Siendo así, ¿por qué las entradas de los toros y los honorarios de los toreros iban a ser una excepción?

Al multiplicar por CUARENTA, resulta que don Ricardo Torres «Bombita» cobró por esa corrida el equivalente a DOSCIENTAS OCHENTA MIL PESETAS actuales (280.000,00), y el donativo a la Asociación suponría actualmente unas veinte mil pesetas. Como puede verse, el diestro en cuestión cobraba bien, si se exceptúa a don Manuel Benítez, nadie cobra ahora tanto. ¿Vamos, pues, a dejarnos de añoranzas? Felices Pascuas y Año Nuevo.

Desde Granada,

MORENO LOPEZ DE LA TORRE

Señor Director de la revista EL RUEDO.
MADRID.

Muy señor mío: Otra vez le molesto con la carta presente. Ante todo, quiero darle las gracias por la publicación de mi anterior.

Esta vez se trata de una «aclaración» al artículo de F. Abad Boyra, publicado en el número 1.017, extraordinario, de su revista, y que se titula «Tauromaquia y Taurogia».

Dice el señor Abad Boyra: «Nos parecía algo insólito, extraño, raro. Todos pensábamos por aquel entonces que Juan o José o Rafael, o cualquiera otra figura jamás habían tenido necesidad de cuidarse tanto. Pero tampoco hay que olvidar que el torero de aquellos tiempos *salía del paso con muchas menos corridas que hoy*. Lo de ahora es un récord en todos los sentidos. Un récord de velocidad, de nerviosismo, de cantidad...» ¡Alto ahí! Le quiero demostrar que eso NO ES CIERTO. Y para ello ahí va el siguiente cuadro comparativo de algunas temporadas de ANTES Y DE AHORA. Números cantan y no mientan:

APARICIO	año 1950	90 novilladas	JOSELITO	año 1915	102 corridas.
L. MIGUEL	> 1951	96 corridas	>	> 1916	105 >
ORDÓÑEZ	> 1952	74 >	>	> 1917	103 >
«CHICUELO II»	> 1955	67 >	BELMONTE	> 1917	103 >
CESAR GIRÓN	> 1956	68 >	>	> 1910	97 >
«CHAMACO»	> 1958	80 >	«CHICUELO»	> 1927	81 >
OSTOS	> 1959	80 >	M. LALANDA	> 1930	87 >
CURRO GIRÓN	> 1961	75 (aprox.)	M. BIENVENIDA	> 1931	84 >
«EL CORDOBÉS»	> 1962	102 novilladas	D. ORTEGA	> 1931	93 >
>	>	> 1963	>	> 1932	91 >
		78 nov. corr.			

Estos fueron los matadores que más torearon en las temporadas expresadas, según datos de Gustavo del Barco, Antonio de la Villa, J. M. Cossío y EL RUEDO.

A la vista de la pequeña estadística, se ve que los matadores de ANTES *no salían del paso con muchas menos corridas que hoy*. Sino todo lo contrario.

¡Y eso sin avión, Talgo, Taf, ni automóviles cómodos y veloces como los actuales! Y no digamos la lidia de TOROS con más años, arrobas, pitones y dureza de patas que los actuales

Conste que no soy de «los de la edad de oro del torero», pues no la conocí; pero sí aficionado, y la verdad en la afición debe ser una nada más, ANTES Y AHORA.

Nada más, señor Director.

Le saluda atentamente, s. s. s.

IGNACIO GOMEZ RAMOS

RELACION DE TOREROS

Desde Posadas nos escribe un aficionado, cuya rúbrica no entendemos con exactitud, y nos pide relación de los toreros que tomaron la alternativa en 1963.

Precisamente nuestro número del día 19 de diciembre, extraordinario de fin de año, daba éste y otros datos referentes a la temporada taurina y a otras temporadas anteriores. Nos figuramos que nuestro amable comunicante, que dice envía EL RUEDO al extranjero, antes de mandarlo habrá sacado esta relación. Nosotros no podemos enviárselo por no entender bien su nombre, aunque pudiera ser don Manuel Ledesma.

CERDA Y SUS SEÑAS

Desde Eibar, don José Félix Aristondo, que vive en Generalísimo, 16, nos pide las señas del fotógrafo Cerda para pedirle unas reproducciones.

Vive en Valencia, calle del Doctor Peset Cervera, 14. ¿Complacido?

¡ESOS DUENDES!

Nos escribe B. V. Carande, de quien hemos publicado unas fotografías suyas, en la página 25 del número 1.015, que no estaban firmadas. Nos agradece, en la misma carta, la cordial acogida que le habíamos dispensado con anterioridad.

Ya sabe el señor Carande que contra esos «duendecillos» de las imprentas nada se puede. Procuraremos que no vuelva a ocurrir, y cada vez que publiquemos una fotografía hecha por él daremos el nombre de su autor.

AHI VA NUESTRA AYUDA

Desde Huelva nos escribe el Padre Superior de los Hermanos Fossore de la Misericordia para interesarse por un muchacho llamado

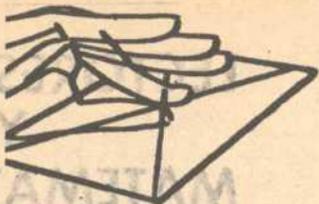


Ambrosio Salguero

mado Ambrosio Salguero Bernal. Dice en su amable carta:

«Es un muchacho joven, de dieciséis años, que ve toros hasta en sueños, que de comer no se acuerda para acordarse de los toros solamente. Ya ha actuado por pueblos y cortijos de «maletillas». Dicen que lo hace bien, y yo quiero ayudarle presentándose a usted, señor director, por si puede hacer algo para que sea conocido. Aquí lo dejo —añade— en la Plaza de EL RUEDO. Ambrosio se apoda «El Extremeño», y vive en El Campillo, Huelva, calle del General Primo de Rivera, 46.»

Qué más quisiéramos nosotros, Reverendo Padre, que eso de la «Plaza de EL RUEDO» nos lo hiciesen bueno. No tendríamos que pedir favores a nadie a través de nuestras columnas. «El Extremeño» estaría toreando ya. O, al menos, entrenándose con nosotros. Pero lo que podemos hacer por nuestra parte, como ve, ya está hecho. Ahora hay que esperar que a alguien se le mueva el alma y



Todas las cartas llegan

ponga a Ambrosio en el camino de hacerse un torero famoso. Nada podría causarnos mayor satisfacción.

LOS TRAJES REGIONALES

Don Carlos González nos escribe desde un hotel madrileño, probablemente de paso, y nos dice:

«Hace unos días he leído con verdadero placer su artículo dedicado al «traje charro» de Salamanca. Como salmantino, me llena de orgullo que se haya tratado el tema por la fina pluma de Alfonso Navalón. A todos nos gustaría que su Revista tratara de iniciar una campaña para que los ganaderos de Salamanca sigan vistiendo como les corresponde, porque tiene mucha razón el señor Navalón al afirmar que van vestidos a la andaluza y no saben llevar ese traje. He comprobado lo de las chaquetillas y los sombreros, y no cabe duda que resultan un poco ridículos. Si algún ganadero se decidiera a volver por sus fueros y a vestir sus vaqueros, estamos seguros de que se ganaría las simpatías de todos y daría un buen ejemplo.»

Buena defensa de la tradición la que hace don Carlos González, nuestro amable comunicante. Por lo que pueda servir, reproducimos su carta, casi íntegramente, con la esperanza de que entre nuestro colaborador y los salmantinos entusiastas se consiga algo práctico.

LAS PLAZAS DEL MUNDO

Don Emilio Menacho, desde Alcalá de Guadaíra, en la provincia de Sevilla, nos escribe y pide: «Le agradecería me facilitase los nombres de las Plazas de toros de España y el extranjero.»

Imposible, amigo Menacho. No tenemos un archivo en el que consten los nombres de todas las Plazas de España y el extranjero. No sé si el Sindicato Nacional del Espectáculo, Castelló, 18, lo tendrá. Dirijase usted a él, y a ver qué resultado da la gestión. Lo lamentamos; pero no nos es posible satisfacer su curiosidad. Acaso también le pudiera servir la obra de don José María Cossío, «Los Toros».

PIDEN AYUDA

Como cada semana, llegan a nuestra redacción, hasta el día de nuestro cierre, las siguientes peticiones de ayuda:

Ramón García Patiño, dieciocho años. Mercurín Sigros, La Coruña. Quiere ser torero.

Martín Arteaga «Arteagueta», Carlos Haya, 25, Huelva. Quiere que «El Cordobés» le regale una muleta para su presentación, que dice será pronto.

Bernabé Castro, «El Bejarano», Cuesta del Río, 8, Béjar, Salamanca. Tiene once años tan solo y ya quiere ser torero. También le ha pedido ayuda a «El Cordobés». Vaya responsabilidad, Manuel, con un chavalín así. Dice que ha toreado ya y todo.

Ricardo Martín, Reyes Católicos, 20, Valladolid. Tiene doce años, y dice que su apodo es «El Richardt Britman», escrito así, como suena. Pide un capote o una muleta y, cómo no, a «El Cordobés». No nos gusta tu apodo, chaval. Con ese «extranjerismo» no se puede llegar a buen puerto en la torería. No dudamos de tu afición; pero espera un poco y, sobre todo, busca otro nombre de «guerra».

José Clavijo Ocaña, Las Bolas, 2, Estepona. Tiene dieciocho años; quiere ser torero, y pide que alguien se acuerde de él desde algún punto de Andalucía. La petición queda hecha. Que haya suerte, hombre.

RESPUESTA A UN GUARDIA

Desde el Puerto de Santa María nos escribe «un guardia». Dice que tiene una familia de diez personas, pero que acogió al muchacho por aquello de que donde comen diez, comen once. El aspirante se llama nada más y nada menos que Martín Vázquez «Niño de la Senla», y quiere actuar en El Puerto de Santa María o en cualquier Plaza de España. Tiene el chaval quince años y, según dicen, ya ha toreado.

La señorita Paloma Martínez, de Madrid, nos escribe pidiéndonos las señas de algunos matadores de toros. Lamentamos no poder dárselas. Es norma de EL RUEDO no oportunar la vida íntima de los diestros con llamadas telefónicas o petición de fotografías cuando los toreros disfrutan del merecido descanso. Disculpemos, señorita, que no podamos atenderla como se merece.

NOS ESCRIBE «EL DIFÍCIL»

Roque Martínez, que se quiere apodar «El Difícil», quiere una oportunidad. El muchacho la merece. Ha luchado mucho. «¿No habrá quien me dé una oportunidad?» Pues claro que sí, hombre. En los toros, como en la vida, sólo llegan los que luchan con entusiasmo y sin desmayos, aquellos que no cuentan para nada con lo de los demás, sino con lo propio. Adelante, muchacho. Ya verás como, si vales, acabas siendo torero.

Vive en la calle Las Marías, 13. Andújar (Jaén).

UN ESCRITOR ESPONTANEO

Carlos García Martínez, que tiene quince años, quiere escribir de toros. Nos pide espacio semanal para publicar sus opiniones sobre la fiesta de toros. Está bien esa afición; pero antes hay que formarse un poquitín, amigo. Demasiadas faltas de ortografía en tu carta. En el periodismo, como en el torero, antes de lanzarse al ruedo a EL RUEDO hay que medir

las posibilidades. Siempre es mejor hacer en su día el paseo por la puerta de cuadrillas con todos los honores, a tener que salir con los guardias de ritual o entre la rechifla general por haber llegado por... las buenas.

LA RELACION, EN EL COSSIO

Desde Cartagena nos pide Valentín Sánchez García —Central Térmica de Escombreras— una relación de ganaderías españolas.

Le recomendamos el Cossío —todo está completísimo, palabra—, y lo puede encontrar en cualquier biblioteca de aquella capital.

LAS BANDAS DE MUSICA

Don Rafael Alvarez Fernández nos pregunta si existe Banda de música en la Plaza México.

Pues claro que sí, amigo, y tocan dianas y pasodobles y... suponemos que rancheras.

ANTONIO BIENVENIDA CORTO TRES OREJAS

Don Salvador Martín Repollet nos pregunta si Antonio Bienvenida cortó en Madrid tres orejas la presente temporada después de la feria de San Isidro.

Pues sí, señor, Antonio cortó tres orejas la tarde que tomó la alternativa Antonio Medina. Como puede deducir, la actuación del maestro fue memorable.

MUSEO «EL RUEDO» EN ALEMANIA

José Montilla, con domicilio en 7758, Meernburg-Bodense - Lichtwiesen, Alemania, nos escribe una carta y nos remite la fotografía que ilustra esta carta, en la que dice:

«Soy un muchacho que actualmente trabaja en Alemania. Leo el semanario RUEDO todas las semanas, pues me lo manda mi novia. Aunque no sé cómo opinará usted, señor director, del camino que le doy a mis RUEDOS, cuando los termino de leer recorto las fotografías y las pego por las paredes, como ve por la fotografía. Mis compañeros de trabajo le llaman a mi cuéltaro el «Museo turino EL RUEDO». Yo soy el que está tocando la guitarra, a lo que también soy aficionado.»

Gracias por la propaganda que haces de nuestra revista, hombre. Gracias también por tu carta y por la fotografía. Ya ves que en cada número mantenemos un estrecho diálogo con nuestros lectores y comunicantes. Nos satisface que nos lean y más tan lejos como andas tú ahora. No es que nos parezca tan bien que le metas la tijera a EL RUEDO, pero si es para «tu museo» vale. Y hasta otra.



Carta portuguesa

Desde Luanda, Africa Occidental Portuguesa, fechada el 10 de este mes de diciembre, nos llega una carta cuya rúbrica no es legible, pero que dice así:

«Soy un gran aficionado portugués a la fiesta de los toros. Si se confirmara la retirada de Juan García «Mondeño», siento gran pena por la noticia, pues siempre fui un gran admirador de este matador, y como testigo de mi admiración le envío un programa de uno de los últimos festejos celebrados en la plaza de Campo Pequeno, en Lisboa, en el que actuó él con su serenidad mística, como dijeron los portugueses. Juan García nos ofreció una tarde de gran torero.»

Ya anteriormente había visto a Juan dos o tres veces, y su toreo aumentó mi afición. Ahora, que ha anunciado su retirada, deseo a Juan García «Mondeño» acierte en su sacerdocio como lo hizo en el toreo. No soy ni matador ni novillero. Soy un militar que defiende Portugal en tierras de Africa. Y también un gran aficionado a los toros. Alguna vez he toreado en algún festival y me gustaría tener un capote o una muleta que Juan García «Mondeño» ya tuviese «retirados».

Espero que EL RUEDO haga llegar esta petición a una de las más grandes figuras del toreo español y a quien deseo las mayores felicidades en el servicio de Dios. Para usted, señor director, y para la redacción de su semanario mi agradecimiento anticipado.»

Damos cumplimiento al deseo de este militar portugués que está en Luanda y reproducimos la portada del programa a que alude en su escrito. Ahora, a esperar que Juan García lea este número y le mande un recuerdo. Claro, que para eso haría falta que aclarase su firma y sus señas. Las del comunicante, se entiende.



HOMENAJE DE LA AFICION LINENSE A RAFAELIN VALENCIA

Organizado por la Peña Joselito-«Manojetes», de La Línea de Concepción, se han celebrado diversos actos en honor del joven novillero linense Rafaelin Valencia, consistentes, en primer lugar, en una misa de acción de gracias por la feliz terminación de la temporada, llena de éxitos; y posteriormente, en los salones de la Peña Joselito-«Manojetes», el torero fue objeto de un cariñoso homenaje de simpatía y admiración, acto al que se unieron, junto a centenares de aficionados, las primeras autoridades, empresarios, toreros, representantes de prensa y radio, etc.

Después del ágape, improvisados oradores realzaron las virtudes y grandes dotes toreras que posee el homenajeado, así como el brillante porvenir que se prevé en su rápida y ascendente carrera.

Al final, Rafaelin Valencia, con emocionadas frases, dio las gracias por las pruebas de cariño recibidas.

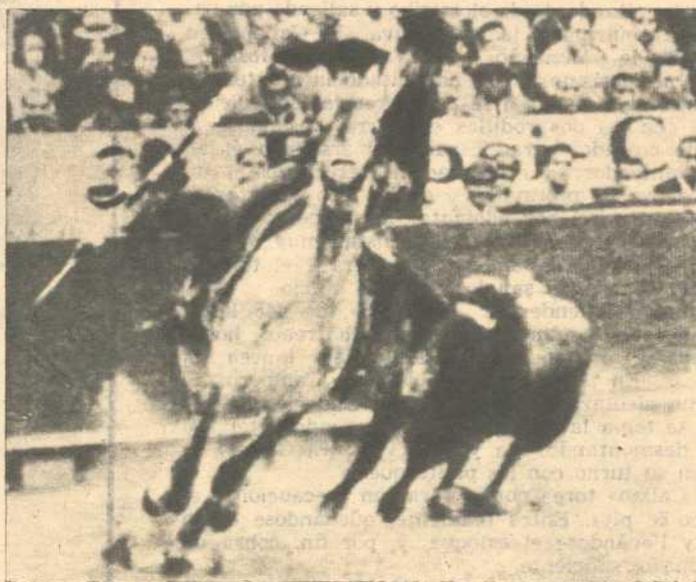
En la foto aparecen, junto al joven matador, el señor Díaz Piné (comandante); el presidente de la Peña, don José Rodríguez Moya; el eminente cirujano don Fernando Ramos Argüelles; don Eleuterio Alfageme; el secretario, don José María Conejo; el representante de la empresa, don Adolfo Beatti, y el apoderado del diestro, don Pedro Crespo.

(Foto Valencia.)

Presentación de DON ALVARO DOMEQ EN LA "MEXICO"

TOMO LA ALTERNATIVA JOSELITO TORRES Y «MONDEÑO» PASO SIN RUIDO POR LA MONUMENTAL AZTECA

Se lidiaron toros de Pastejé, que tuvieron fuerza y presencia



Gran caballista y emocionante rejoneador, don Alvaro Domecq fue ovacionado

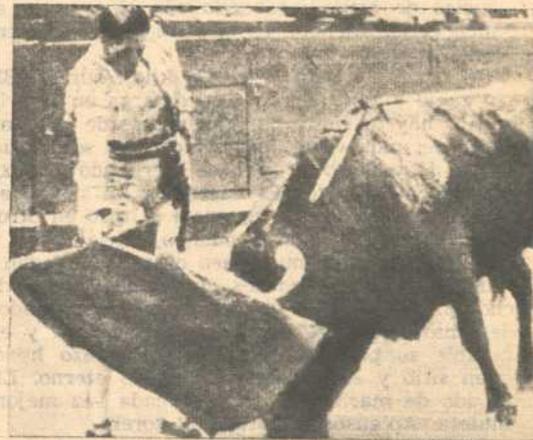
MEJICO. (De nuestro corresponsal).—La tercera corrida de esta Temporada Internacional de la Plaza Monumental México registró, como hecho sobresaliente, la destacada actuación del caballero andaluz don Alvaro Domecq Romero. Desde hacía muchos años no se experimentaba en Méjico la emoción que produce el verdadero rejoneo cuando se hace con toros no disminuidos en sus facultades ofensivas.

Después de una exhibición de bien montar, prodigando galopes, piruetas a tres patas, la elevada y las corvetas, don Alvaro, con sus caballos «Presidente», «Universo» y «Director», hace verdaderas maravillas ante «Ciervo», de 438 kilos, cárdeno «bragao» y con dos alfileres en la cabeza, luciendo en las suertes del toreo a la jineta, realizadas con una precisión y valentía tal que el entusiasmo y la emoción se desbordaron en los inmensos gradieros de la Monumental.

Pie a tierra, Domecq torea por derechazos, molinetes y otros pases y el público le jalea. Después sufre una voltereta y, ante las dificultades del astado, que está muy probón, decide entrar a matar, haciéndolo bien en el primer viaje, para más tarde alargar el brazo y, por fin, acabar con la vida del de Tequisquiapán con un descabello. Ovación, obligándole el público a salir al tercio.

En la lidia ordinaria alternan «El Callao», «Mondeño» y Joselito Torres, que confirmaba la alternativa. Veamos nuestras anotaciones durante la lidia:

Primer toro.—«Compañero», negro zaino, de 450 kilos, marcado con el número 47, de la ganadería de Pastejé, como todos los corridos esta tarde. Lances de tanteo de Joselito, algo movidillos, rematados con me-



«El Callao» mostró una falta de decisión que le impide situarse como figura



Puso mucha voluntad «Mondeño», pero en su primera en la México no tuvo éxito

Brandy
Espléndido

Siendo
GARVEY
es exquisito

Brandy
Espléndido
Bodega de San Patricio
JEREZ
GARVEY



Joselito Torres puso valor, afición y deseos de triunfo en la tarde de su alternativa

dia verónica. Quite de Joselito con el capote a la espalda, que se aplaude. En la segunda vara el toro recibe fuerte castigo y ha recargado con fuerza. Anotamos un buen par de Joselito, una pasada en falso y, por fin, pone el segundo con mucho mérito, ya que el toro se ha quedado. El tercer par es de categoría, citando desde el estribo y saliendo por gallos. Al confirmarle la alternativa «El Callao», en presencia de «Mondeño», observamos que Joselito, por su nerviosismo, no se ha quitado la montera.

Brinda el matador a la concurrencia, cita de espaldas con las dos rodillas en tierra, pasándose al toro de costado, para después doblarse con él en plan dominador; a continuación, derechazos a un toro que va de maravilla, y al dar uno de éstos se le cuela el burel por adelantar la suerte; otra vez se le cuela y lo desarma; laserristas muy ovacionados, estocada ligeramente delantera y el toro se acuesta. Ovación y saludos desde el tercio.

Segundo.—Atiende por «Valeroso», de 448 kilos, marcado con el número 38, listón «chorreao», hosco de pinta y alto de agujas. «El Callao» lancea sin confiarse. En la suerte de varas «El Campero» le pone un picotazo en el rabo. A continuación «Valeroso» se toma la venganza en la segunda y tercera vara, desmontando una y otra vez. «El Güero» se luce en su turno con los palitroques.

«El Callao» torea por la cara con precaución y el público le pita. Entra feamente, quedándose en la cara y llevándose el estoque, y, por fin, cobra un estoconazo, suficiente.

Tercero.—«Tanganito», de 456 kilos, número 28, negro zaino, descarado de pitones y bizco del izquierdo. Juan veroniquea de primor, rematando con un recorte. Ovación. «Chito» le pega fuerte a «Tanganito». «Perete» lo agarra en los altos y el público chillaba. A mi juicio es lo que necesita el toro. En la última «Chito» pega en los costillares. Joselito quita con el capote a la espalda, saliendo comprometido.

En la suerte de banderillas, «Cabrero» sufre una voltereta e inicia su faena «Mondeño» —tras haber brindado a la hijita del popular «Tuto»— con pases por alto, muy compuesta la figura; tres naturales y uno de pecho muy bueno. Entra a matar con deficiencias de estilo, acabando con el toro en el segundo viaje. Silencio. El toro ha llegado con mucha fuerza al tercio final.

Cuarto.—«Jerezano», de 470 kilos, número 32, negro zaino y zancudo. El toro recarga en la primera vara y hay un quite por chicuelinas de «El Callao». En la segunda vara, Jorge Zacatecas se despacha a gusto. Hay un buen par de Fernando López, una pasada en falso de «El Sastre» y un susto de Fernando López al cortar un viaje al toro en otro par.

«El Callao» brinda al público, iniciando su faena con derechazos de muy buen corte, que llegan a los tendidos. Más derechazos, un molinete, uno de pecho aprovechando el viaje del toro, un ayudado, más derechazos, de pecho, pases de trinchera y el respetable se pone contento. Un pinchazo hondo en buen sitio y el toro pasa al sueño eterno. El toro ha ido de maravilla, llegando cada vez mejor a la muleta. Aplausos al toro y al torero.

Quinto.—«Africano», de 482 kilos, marcado con el número 25, negro zaino, con buenos pitones. Mientras está brindando «Mondeño» se tira un espontáneo, que es detenido. Derechazos, mondeñinas, colándose el toro en la última. Un pinchazo, media delantera y tres intentos de descabello. Silencio.

Sexto.—«Carpintero», negro, con dos guadañas en la de pensar, corniveleto y con 496 kilos en los lomos. Es un toro largo y con caja. Joselito lo recibió a porta gayola, dando una larga afarolada de rodillas. De pie arma la escandalera.

El toro derriba en la primera, recarga fuerte en la segunda y en la tercera empuja de veras. Con el tercio cambiado, Julio Acosta pone otra vara y el toro sigue recargando con fuerza. ¡Bonita estampa de toro de lidia! Caen almohadillas y, si bien es verdad que este acto es censurable y el piquero no debería haber picado después de cambiado el tercio, la verdad es que hubo equivocación en las alturas, ya que el toro necesitaba al menos dos puyazos más. Y lo demostró después, llevando por la calle de la amargura a Joselito, que se vio apurado en banderillas y con la muleta, sin perder por ello su valentía. El toro ha tenido mucho sentido y fuerza.

JUAN DE DIOS

EXITO DE PEDRES EN SU PRESENTACION EN EL "TOREO"

Alfredo Leal cortó también orejas a un bravo toro de regalo en tarde de saldo de ganado manso y de varias procedencias

Don Fermín Bohórquez tuvo también una lucida presentación



Así fue embarcando en la muleta a «Machaquitos», un toro próbón y manso, Pedro Martínez «Pedrés», que le cortó la oreja



Alfredo Leal se lució en un final toro de regalo, al que toreó finamente y al que mandó arrastrar sin trofeos al matarlo bien

MEJICO. (Servicio especial para EL RUEDO.)—Tarde fría en El Toreo y mala para la empresa, ya que los gradieros aparecían con un tercio de entrada al comenzar la corrida. Por lo demás, tarde de triunfo para dos alternantes, «Pedrés» y Leal; de ovaciones para Fermín Bohórquez y breve actuación de Jesús Córdoba.

Analicemos la labor de cada uno de ellos y el resultado del saldo de ganaderías que presentó la Empresa en el albero de los Cuatro Caminos:

BOHORQUEZ

Con sus bellas cabalgaduras se desenvolvió en el ruedo bien. A su burel (de Heriberto Ro-

dríguez, quedado y manso) le puso rejones en buen sitio; banderillas que entusiasman al graderío y, finalmente, rejones de muerte, que no son suficientes, por lo que tiene que acabar con el toro el sobresaliente. Se puede considerar lucida la actuación de don Fermín, que gustó mucho en su presentación.

JESUS CORDOBA

Entró en los carteles a última hora, sustituyendo a «El Calsero», que, por causas desconocidas, no actuó después de estar anunciado.

Los toros que correspondieron al torero nacido en Kansas y criado en León (Guanajuato)

no fueron de los más apropiados. No obstante, para los aficionados «caros» su actuación fue brillante, estando torero y cómodo toda la tarde. No obstante, escuchó palmas y pitos.

"PEDRES"

El albaceteño refrendó en Méjico los éxitos obtenidos en la península y en las Plazas de Sudamérica. Su presentación en El Toreo constituyó un triunfo al realizar a su primer enemigo, «Machaquito» (un manso de solemnidad), una faena considerada por muchos aficionados como la más pura de las realizadas hasta el momento en las dos Plazas en lo que llevamos de temporada.

«Pedrés», además, ha sorprendido a los aficionados mejicanos con una muestra de su perfección en el toreo con la capa. Después, la extraordinaria faena a un toro que se le quedaba en la suerte y al que, a fuerza de aguantar y consentir, le pudo ligar pases de extraordinario mérito, por alto, con la derecha, naturales; todos ellos con temple y cadencia asombrosos, en que fue tirando del toro y embebiéndole en la muleta en forma prodigiosa. Al final, la gran estocada y el toro rueda. El juez concede una oreja, tanto por la faena como por la extraordinaria estocada.

En su segundo toro, «Pedrés» volvió a demostrar su poderío y maestría, y a pesar de que el burel se agotó en el último tercio, logró pases de mucho mérito, matando a su enemigo de una media de efectos rápidos.

ALFREDO LEAL

Este no logró éxito en sus dos enemigos durante la lidia ordinaria. El público se había metido con él, y Alfredo, para congraciarse con el respetable, regaló un sobrero de Soltepec, al que hizo una faena muy coreada y muy espléndidamente premiada con dos orejas. Lo toreó con lances toreros; inició su faena con el pase del «péndulo», para después cuajar pases con la derecha y naturales; al dar uno de pecho fue cogido sin consecuencias y, una vez recuperado, ejecutó el volapié, dejando la espada hasta la cruz.

LOS TOROS

Se corrieron esta tarde toros de Heriberto Rodríguez, Soltepec y San Diego de los Padres, mansurrones todos ellos. El menos malo de todos fue el sobrero de Soltepec, que Leal desorejó.

MEJICO

SEGUNDO ACTO

DEL

AÑO TAURINO

DEL año taurino, la temporada mejicana es la segunda parte. Y aquí, afortunadamente, quiebra el refrán de que nunca segundas partes fueron buenas.

La temporada mejicana va a comenzar, y en honor de aquella afición, tan extensa como entendida, hemos creído interesante traer a colación algunos datos pintorescos del toreo en Méjico durante la primera mitad de la pasada centuria.

No pretendemos ser originales. Más aún: queremos reconocer, porque es de justicia, que los datos y detalles los hemos tomado a préstamo de una obra tan erudita como entretenida. Nos referimos a «Imagen del mexicano en los toros», de don Armando de María y Campos.

Nuestro propósito es rendir homenaje a la afición fraterna y popularizar en España unos modos originales de enfrentarse al toro.

* * *

La primera mitad del siglo XIX tiene en Méjico un gran interés. Se produce la independencia. Este lógico resultado de la madurez del país americano tiene consecuencias extrapolíticas muy comprensibles. Se da un inicial estado de ánimo alérgico a lo español, no tanto por inquina cuanto por la necesidad de reforzar la personalidad naciente. La Fiesta de toros se prohíbe por decreto y es atacada por hombres como el poeta José María de Heredia. Pero es tal el arraigo de las corridas —casi todos los héroes de la

independencia son grandes aficionados—, que el pueblo exige pronto, y lo consigue, una revocación de la prohibición. Si los toros son muy españoles, también lo son muy mejicanos.

En este período, con la obligada ausencia de diestros y ganado de España, el modo autóctono de correr y jugar los toros se recrudece. En terminología que Cossío ha consagrado, podríamos hablar de una vuelta al toreo «pirenaico» o atlético, poco sujeto a normas, lleno de juventud, de saltos y de suertes pintorescas. Es un toreo arriesgado, poco artístico y muy popular. Ante el toro caben toda clase de burlas. Y ya no se habla de lidia, sino de lid taurina. La expresión resulta muy apropiada y significativa. El toreo se convierte en una gesta.

De este período vamos a espigar noticias poco conocidas entre nosotros.

Teatro, toros y gallos

Méjico tenía que padecer de vez en cuando la mala hierba de un virrey autitaurino. Entonces la afición trataba de capear el temporal utilizando toda clase de argucias.

Uno de estos virreyes aguafiestas era Marquina. A finales de 1800, un empresario teatral que se veía con el agua al cuello solicitó licencia para «hacer una temporada con comedias de santos, intercalando en los entreactos las regocijadas corridas de no-

villos y las emocionantes peleas de gallos».

La propuesta no era tan insólita. El año 1796, la Casa de Comedias había sido escenario de estos combinados explosivos de diversiones, muy caros a un pueblo alegre, nada escrupuloso a la hora de correrla. Pero dada la nueva afición del virrey, el empresario quiere curarse en salud: «Y por lo que respecta a que en el tiempo que le falta al año cómico, se le permite correr en los entreactos de las piezas teatrales hasta diez o doce fiestas de novillos —escribe en su instancia—, se debe reflexionar en que éstas son unas ternuras, cuya lid se facilita en el foro, cercándolo de cuerdas, con lo que se evita por una parte todo riesgo, no evitando la vista al público, quien ha solicitado hallar diversión en tal espectáculo.»

El asesor, velando en parte por el orden público, y en parte también por complacer el humor autitaurino del virrey, se opuso a la petición: «Con la permisión de novillos —escribe pedantón— concurre mayor multitud de gentes del pueblo, que con sus voces y silbidos alborotan al pueblo, sin que se les pueda contener, fuera de que no se pueden representar buenas piezas ni hacer bailes, con motivo de hallarse enlazado el teatro con la especie de tablado que necesita ponerse para figurar la Plaza.»

El virrey tenía madera de cascarrabias, y no sólo prohibió los novillos en todos los coliseos, sino también las representaciones de comedias de santos.

DATOS PINTORESCOS DEL TOREO AZTECA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Tal vez las encontrara demasiado frías...

Era tal la afición a funciones mixtas que, una vez lograda la independencia, el general presidente, don Antonio López de Santa Anna, sostiene la prohibición del virrey Marquina, en evitación de escándalos y para complacer a las minorías. El artículo 21 del Reglamento de Teatros de 1853 decía: «Se prohíbe absolutamente intercalar en las piezas dramáticas todo género de choque de animales, como lidia de toros.»

Mas es inútil luchar contra una afición arraigada. El pueblo inventa el nuevo truco de hacer que los toros formen parte del «argumento» de las comedias. Así, en febrero de 1859, nada menos que en el Gran Teatro Nacio-

MEJICO, SEGUNDO ACTO DEL AÑO TAURINO

DATOS PINTORESCOS DEL TOREO AZTECA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

nal, y después de la representación de «Baltazar o la destrucción de Babilonia», de Gertudis Gómez de Avellaneda, se puso en escena «El aprendiz de torero», y apareció una pequeña Plaza de toros para que fuera lidiado «un valiente toro por el simpático actor don José Miguel, acompañado de una lucida cuadrilla de toreros».

Un juzgado en la Plaza

La vuelta al trono de sus mayores de Fernando VII hizo que el virrey Calleja ordenara celebrar fiestas taurínicas en Méjico. Fue en febrero de 1815. Para no desautorizar a sus antecesores, el virrey justifica así su decisión de dar toros: «Esta diversión, sobre ser lícita, honesta y acomodada al gusto de los habitantes, puede rendir esa molestia de los contribuyentes, dando una suma razonable con que poder llenar en parte la insinuada necesidad; guiado de estos principios y del deseo de cubrir, como es justo, la desnudez de los defensores de la patria, considero de necesidad el que continúen las indicadas corridas de toros.»

Entonces, como ahora, acudían en tropel a los cosos los más diestros aficionados de bolsones ajenos. Para escarmiento de estos bribones dispone el virrey en el reglamento de las corridas que «habrá un Juzgado en la misma Plaza, compuesto de uno de los señores alcaldes de la Real Sala del Crimen, cuyo turno arreglará el señor gobernador de ella, un escribano y un ministro ejecutor de justicia, procediendo dicho señor magistrado a la imposición de penas en el acto.»

Liebres, venados, galgos, cerdos y toros

Las corridas se sucedieron durante el año 1815. Económicamente fueron un fracaso.

Merece la pena copiar los breves programas de las corridas celebradas en la primera semana de junio de 1815.

«Lunes. Al quinto toro se pondrán dos mesas de merienda al medio de la Plaza para que, sentados a ellas los toreros, banderilleen a un toro embolado. Al mismo toro embolado pondrá el loco Ríos una bandera parado en barril y engrillado. Dominguejos de particular idea.»

«Martes. Por ser día de nuestro Católico Monarca, se pondrá el mayor esmero en las diversiones y función que se ha de dar, que se anunciará por otros carteles el día anterior.»

«Miércoles. Liebres y galgos. Se pondrán dos monos al medio de la Plaza para diversión del público.»

«Jueves. Se echarán venados para que los cojan perros sagüesos, diversión muy retirada de esta capital. Se lidiarán dos toros a un mismo tiempo, dividiendo la baya por la mitad con una baya portátil.»

Sin demasiadas contemplaciones, el programa anunciaba: «Los toreros se han elegido entre los que trabajaron en las corridas pasadas con aplauso, desechando los malos y reemplazándose con otros de habilidad.»

Estos toreros pecaban muy a menudo de sablistas, y no porque abusaran del estoque, sino de la concurrencia. Muy meticulosos, el programa puntualiza: «La superioridad ha prohibido a los toreros que echen saludos y pidan

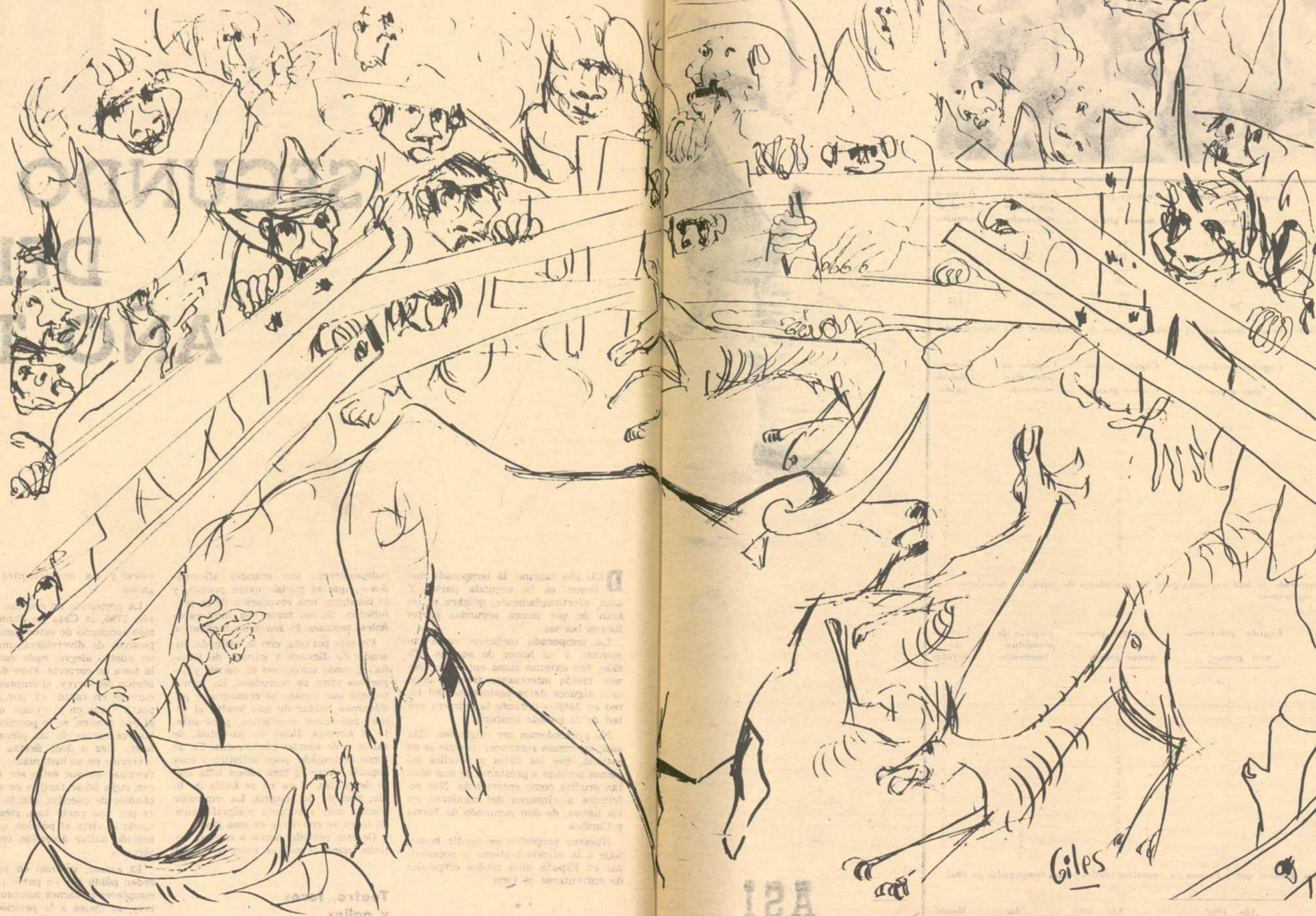
galas para que no haya emulación ni gravamen en los concurrentes, a menos que alguno quiera voluntariamente dadas, en cuyo objeto se les han aumentado los salarios.»

Las corridas seguían siendo poco ortodoxas. Tenían tanto de circo como de Fiesta taurina al modo actual. Por si no bastaran las liebres, los venados y los «sagüesos», «el viernes, al quinto toro, se echarán —dice el programa— cerdos para que los enlacen

varios ciegos, y a las seis se inflará un globo para que todos lo vean elevar.»

Antes las banderillas que las varas

Un viajero francés, Mathieu de Fosey, asistió a la inauguración de



1833 de la Plaza de toros de San Pablo, y escribió, a su modo, una soberbia crónica taurina en su «Viaje a Méjico». Por él sabemos que en las corridas serias de entonces se banderilleaba antes de que saliesen los vaqueros o picadores.

Dice así el perspicaz francés: «Habiendo dado fin esta primera parte de la función, armáronse los toreadores de banderillas, especie de venablos de dos pies de largo, a los cuales se afian-

za un cohete adornado con listas de papel de color. Salió el primer banderillero dando brinco delante del toro; lo llamaba sibando; y, agachando el toro la cabeza, arremetió contra el agresor, el que, cuando lo iba a alcanzar, hizo una gentil treta clavándole detrás de la oreja derecha sus dos banderillas; pasó su piel el encorvado venablo; reventando de sopetón el cohete, sus chorros de fuego duplicaban su tormento y su rabia: forcejeaba, brin-

caba y prorrumpía en sordos gemidos.» A continuación, un joven banderillero colocó al toro una rosa en la frente. Y el viajero francés explica: «La rosa es una placa redonda, cubierta de papel, recortada a imitación de esa flor; se afianza al toro por medio de una tachuela, rematando con un gancho.»

Luego salían los vaqueros, que más que ahorrar al toro lo burlaban en plan de exhibición como caballistas. Y

finalmente, el «capitán», armado de capa y «flamante espada» — así escribe Fosey — atizaba a la res un bajonazo en el rincón.

Matadores a caballo con estoque

Hay un detalle importante en la crónica del francés. De él se deduce que en Méjico no sólo se toreaba a caballo, sino que se mataba desde arriba con el estoque. Escuchen el relato:

«En esta ocasión le tocó la espada tauricida a un matador de a caballo; su empeño era dos veces más arduo y peligroso; pero luego que se acertó que existía entre jinete y caballo simultaneidad de voluntad y de acción, se conjeturó bien pronto cuál sería el resultado de este segundo duelo. En la primera embestida, herido en el mismo corazón, cayó el toro a los pies de su diestro vencedor, como si el rayo lo hubiese tocado.»

El toro mejicano contra el tigre francés

En 1838 Francia decreta el bloqueo de todos los puertos del golfo de Méjico. Manda la escuadra el «Príncipe de la Sangre» Joinville. Una serie de menudos incidentes —entre ellos el asalto a la pastelería de un francés— había dado pie para esta intervención tomada a broma por los mejicanos que la conocen por el nombre de guerra de los pasteles.

Entre los bloqueadores se encontraba el novelista Isidore Loewenstern, que ya en Francia escribió «Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur». En este libro nos cuenta una lucha celebrada en Méjico entre un toro y un tigre de Bengala, propiedad de dos americanos. El público, excitado por los acontecimientos, dio en considerar al toro como representante de la Patria en peligro, y al ladino tigre como encarnación de la perfidia de los bloqueadores franceses.

Después de media hora en que el tigre, encaramado sobre el lomo del toro, venía castigando ferozmente este bravo «representante» local, la res vino a conseguir vengarse. Oigamos al novelista francés: «El toro permaneció en pie, pero a pesar de los esfuerzos violentos que realiza por echar por tierra a su vampiro, el tigre continúa adherido a su nuca, suspendido con todo su peso a la cabeza del noble bruto. De pronto, de un salto violento, el toro se arroja contra los barrotes de la jaula y con la cabeza y los cuernos tritura el cuerpo del tigre.»

El público, puesto en pie, vitoreó a Méjico y pidió, y consiguió, que se indultara al maltrecho toro.

Mil anécdotas y modismos taurinos pudiéramos añadir a los anteriores: picadores que citaban a varas con el capote en la izquiera, rejoneadores de un toro desde otro ensillado, pantomimas como la de Don Quijote y Don Juan Tenorio, etc. Otra vez será. Queda mucho invierno y mucho por contar.

HERIDOS: RESUMEN DE LA TEMPORADA



	Cogidas gravísimas o muy graves	Cogidas graves o menos graves	Cogidas de pronóstico reservado	Número total de cogidas
Matadores	5	23	9	37
Novilleros	4	41	28	73
Rejoneadores	—	—	2	2
Banderilleros, picadores y demás peones	1	10	5	16
Número de cogidas	10	74	44	128

Por el número o mayor gravedad de las cogidas sufridas a lo largo de la temporada 1963: hemos destacado el siguiente grupo de matadores más infortunados

MATADORES

	Cogidas gravísimas o muy graves	Cogidas graves o menos graves	Cogidas de pronóstico reservado	Número total de cogidas
Jaime Ostos	1	2	—	3
Emilio Oliva	1	—	—	1
César Girón	1	—	—	1
Curro Lara	1	—	—	1
Antonio Medina	1	2	—	3
«Orteguita»	1	—	—	1
«El Imposible»	—	4	—	4
Rafael Chacarte	—	2	—	2
«Pacorro»	—	2	—	2
Abel Flores	—	2	—	2
«El Cordobés»	—	1	2	3
«El Caracol»	—	—	3	3

Agrupados por las mismas circunstancias que anteriormente se han expuesto para los matadores de toros, los novilleros más castigados en el transcurso de la temporada han sido los siguientes:

NOVILLEROS

	Cogidas gravísimas o muy graves	Cogidas graves o menos graves	Cogidas de pronóstico reservado	Número de cogidas
«El Puris»	1	—	1	2
Domínguez España	1	—	—	1
«El Tranquilo»	1	—	—	1
«El Bala»	—	2	1	3
«Zurito»	—	2	—	2
Curro Ortuño	—	2	—	2
César Ortega	—	2	—	2
Juan Méndez	—	2	—	2
Pablo Gómez Terrón	—	2	—	2
«Cactano»	—	2	—	2
Miguel Ortopesa	—	1	1	2
José María Susoni	—	1	1	2
«El Satélite»	—	1	1	2
José María Membrives	—	1	1	2
José Mata	—	1	1	2

Estado comparativo de los percances sufridos por los diestros que actuaron en nuestros ruedos en las temporadas de 1962 y 1963:

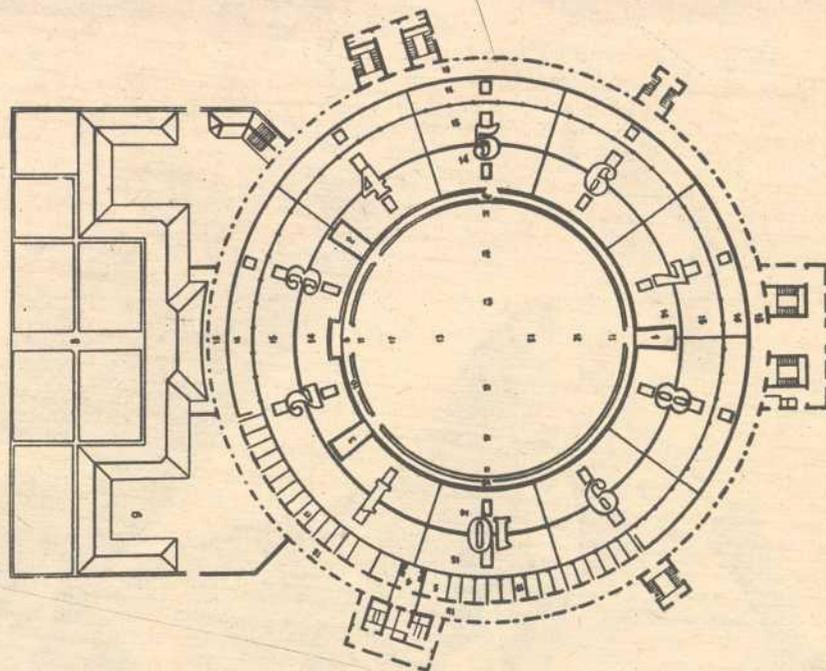
COGIDAS	Año 1962		Año 1963	
	Más	Menos	Más	Menos
Gravísimas o muy graves	10 (1 mortal)	—	10	—
Graves o menos graves	78	—	74	4
De pronóstico-reservado	79	—	44	35
SUMA TOTAL	167	—	128	39

Comparando las cifras obtenidas, se llega a la conclusión satisfactoria de que la temporada última de 1963 ha sido menos cruenta que la anterior, ya que, además de no haber ocurrido, por suerte, ningún desenlace fatal, en conjunto las cogidas disminuyeron en un porcentaje sensible. En cambio, las cogidas gravísimas o muy graves han mantenido su cifra. Recordar los nombres de Jaime Ostos, de Emilio Oliva, de «El Puris», ya pone un remate de angustia al comentario.

**ASI
TOREA
"EL VITI"**

OBRAS EN LAS VENTAS

URGENTE: LOS SERVICIOS SANITARIOS



1: Puerta grande o principal.—2: Puerta de cuadrillas.—3: Puerta de arrastre.—4: Palco de honor.—5: Palco de la presidencia.—6: Chiqueros o toriles.—7: Patio de caballos.—8: Corrales.—9: Desolladero.—10: Callejón.—11: Terrenos llamados «tablas» por estar cerca de la barrera.—12: Tercio del ruedo.—13: Medios o centro.—14: Tendidos bajos.—15: Tendidos altos.—16: Gradas.—17: Palcos.—18: Andanadas.—Los tendidos 9, 10, 1 y 2 son de sombra.—Los 3 y 8, de sol y sombra. Y los 4, 5, 6 y 7, de sol.

NOS alegra que se hayan tomado decisiones rápidas para iniciar las obras de reconstrucción de las andanadas de la Plaza de las Ventas que, por lo visto, han comenzado ya. Y hasta nos tienta el deseo de apuntarnos un tanto por nuestras últimas incitaciones a la puesta en actividad de los albañiles.

Dicen que la Plaza se mantendrá como hasta ahora, remozada y pintada. Pero hay algo que no debe permanecer en la repugnante situación actual, porque ello es impropio de la ciudad de Madrid, de la categoría de la Plaza y del respeto debido al público de las Ventas.

Nos andaba por los puntos de la pluma la palabra «turistas». Pero prescindimos de escribirla, porque no hay respeto a ellos debido que no merezcan —con el mismo fuero— cualquiera de los aficionados de casa que mantienen la afición y la fiesta.

Es totalmente inadmisibile la instalación actual. En nuestro concepto, ya no debió ser autorizada en los años de construcción de la Plaza. Pero en la actualidad el estilo de la vida moderna, la popularización de la higiene en todos los ambientes, la modernización de las instalaciones sanitarias de este tipo exigen una rápida e inmediata rectificación.

Si comparamos estos servicios con los de cualquier sala de espectáculos de primera categoría en Madrid —el Palacio de Deportes, cualquiera de los cines o teatros de la ciudad—, encontraremos un contraste abismal entre la limpieza, que llega hasta la estética, de los evacuorios de cualquiera de éstos, en contraste con la hiriente incorrección, ofensa de la higiene, la vista y el olfato, de las instalaciones de la Plaza de las Ventas.

No se arguya que la fecha de construcción de la Plaza explica esta deficiencia. En primer lugar, porque hacer una instalación nueva, decorosa y limpia no afecta a la estructura de la Plaza, y esta inaplazable modernización se pudo hacer en cualquier momento. En segundo, porque de más años data —si la memoria no nos falla es de 1914— la Monumental de Barcelona, a la que se puede poner como modelo en este aspecto... y alguno más, según se dice por ahí.

Conclusión: en las obras de la Plaza de Madrid hay una exigencia de tipo urgente. La reforma a fondo, modernización y mejora de los servicios sanitarios. Y no insistimos, porque el tema huele, y no precisamente a rosas.

A quienes viven su afición al toreo con la cara vuelta al ayer presentamos esta selección de fotografías taurinas de Santiago Martín «el Viti» para que, quien sepa ver, vea, y quien desee comparar, compare.

El toreo del castellano —dentro de la escuela que abriera Domingo Ortega, pues sigue las normas de personalidad, dominio y armoniosa elegancia que la caracterizan— ha llegado en la actualidad a una hondura que raramente se ha alcanzado en el mundo de los toros.

SIGUE



La elegancia en la verónica de "El Viti"

Con la emocionante pureza de lo clásico



Toreando a la verónica en profundidad



A toro picado, solicitud de cambio

Ante el tercio final, a solas con la verdad



Torero en profundidad (más inclinado a recrearse con el toro, con el que está a gusto, que a sentar cátedra de torero largo y dominador de todos los toros), tampoco concede anchura a su repertorio, que, como todos los toreros intensos, queda limitado a las suertes clásicas, que ejecuta de manera tan perfecta como emocionante. Quien sale de admirar una gran tarde de «El Viti» no hablará más que de sus verónicas, sus pases en redondo, la verdad de sus naturales, la gracia inesperada del afarolado ligado al de pecho. Pero ¡cómo hablará de todo esto! Como si por primera vez los hubiera visto cumplirse sobre el ruedo.

«El Viti» tiene, pues, ese privilegio de los elegidos de llegar al corazón de los inteligentes con la misma intensidad que a

los
da
lor
tas
pa
los
ins
ra
au
bic
no
an

los más populares. Y esto solamente lo consigue el arte de verdad, el más puro y más clásico. Cuando éste se ejecuta con valor frente a un toro de respeto, la emoción llega a las gargantas, y nadie nos habla de monotonías, de rutinas, de los dos pases. Esta es dialéctica que únicamente se puede emplear con los toreros no artistas, desprovistos de la llama creadora de la inspiración. Pero cuando cada pase —en intensidad, en hondura— es una auténtica invención artística no se parece a nada, aunque esté hecho dentro de las más tradicionales y archisabidas reglas.

Este es el secreto renaciente del toreo, del que «El Viti» es hoy uno de los más geniales representantes. Porque estamos ante un auténtico torero de época.

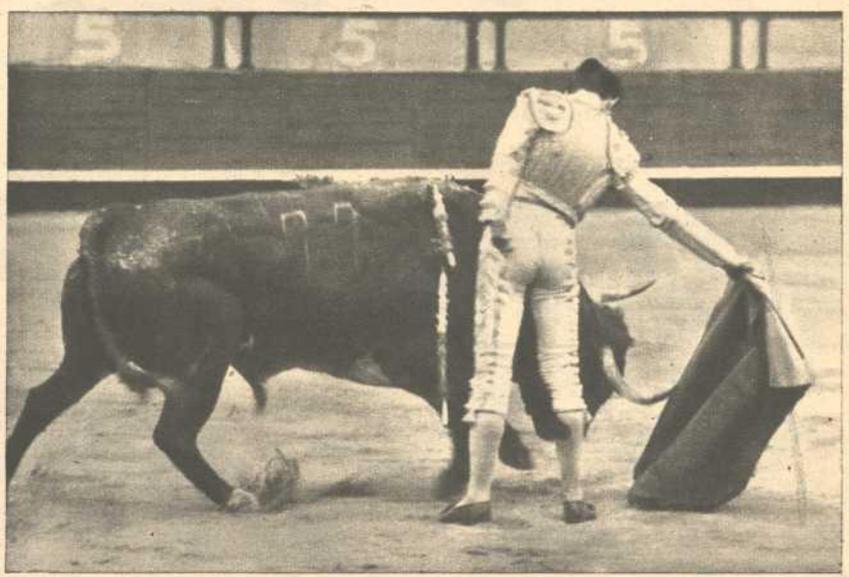


Tercer momento: quebranto del toro



Una idea destacada sobre todas: dominio

El trasteo por bajo para abrir faena



Suavidad en el pase en redondo de derecha

En el centro de la suerte. elegancia



Inicia la trinchera: escuela castellana



LA TAUROMAQUIA DE "EL VITI"

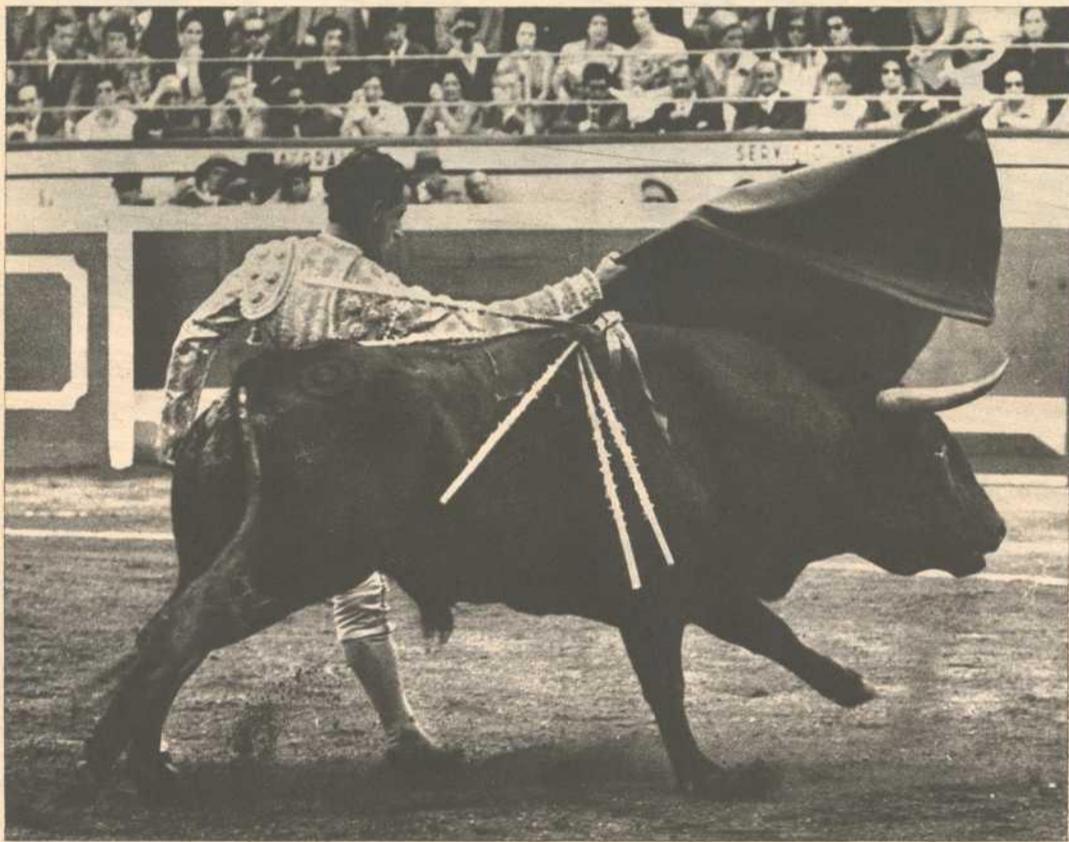


Alargar el pase es secreto, llamado temple



El vuelo de la muleta indica el fin de la serie

Con la derecha por alto. Y con mando



¿Es así como se cita al pase natural?



En la cumbre de la maestría y del toreo

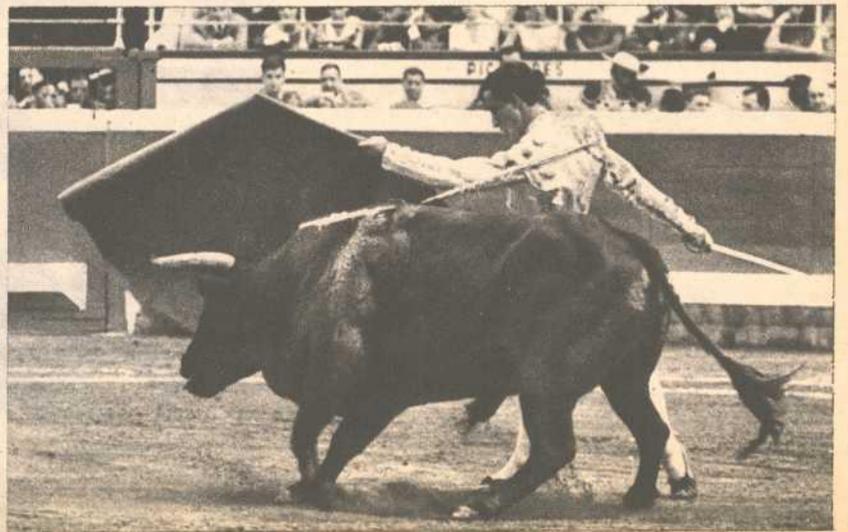
El brazo extendido en un alarde mandón

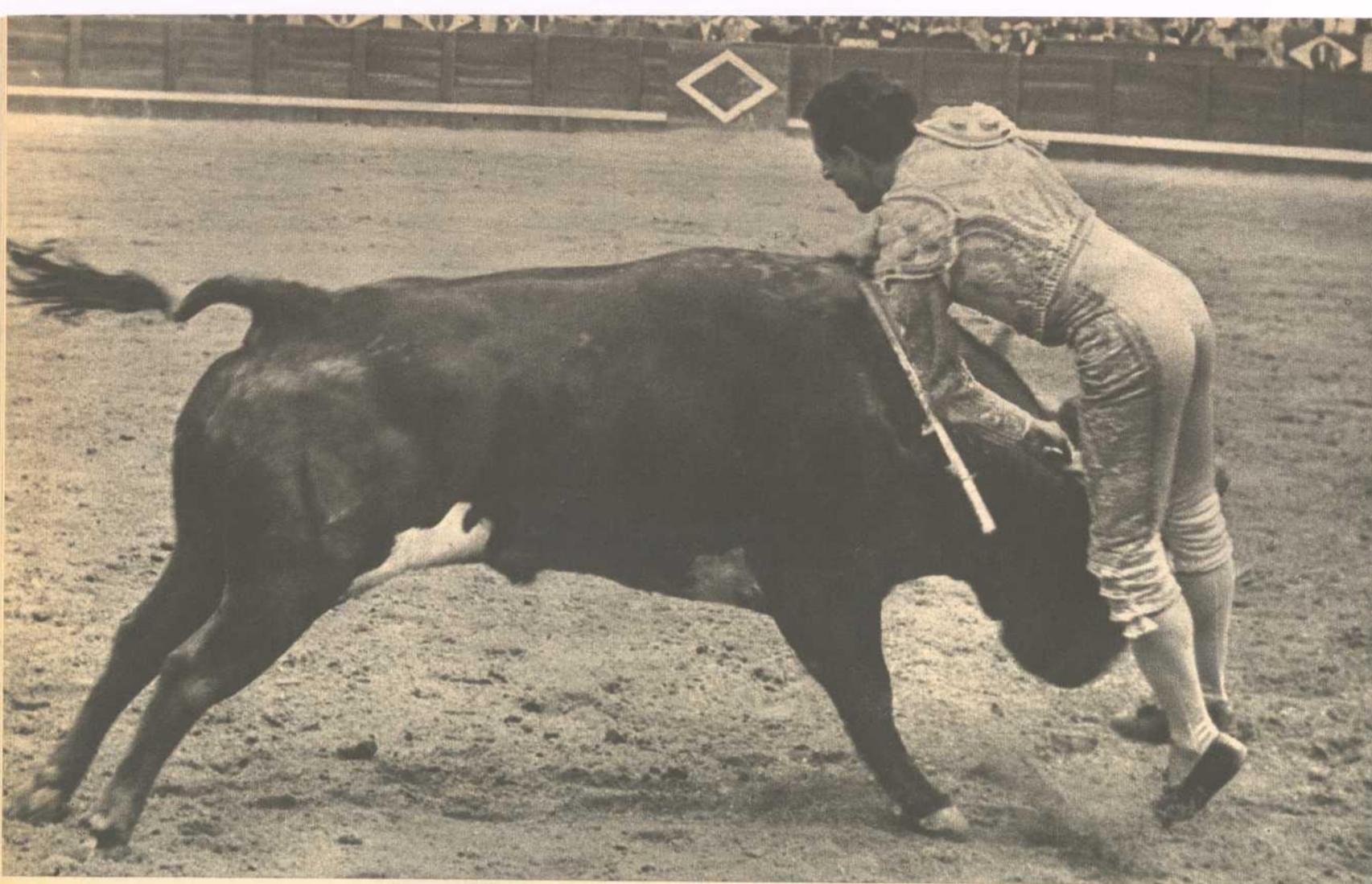


*También la suavidad en el gran pase
Ayudando con la espada. ¿Qué viene ahora?*



*El afarolado. Momento muy personal
Ligar es lo primero: sigue el de pecho
El viaje terminará cuando todo pase*





Este es el estilo del magno estoqueador.

¡Qué bello es ver salir al toro muerto de la muleta!



Como mata "El Viti" no mata hoy nadie



por EJEANO

EL REJONEADOR



RUDO puede parecer este ejercicio, que yo no dudo en tener por una manifestación más del arte de torear, a quienes vean por primera vez la actuación de un rejoneador. No hay tal. Un toreador a caballo que no entienda

de exquisiteces taurinas podrá llegar a ser un buen picador de toros; nunca será un buen rejoneador. Sabemos todos que para rejonear es necesaria una maestría indudable en equitación y un cabal conocimiento del toro y sus reacciones, y una no pequeña suficiencia en el arte de torear. El rejoneador comienza su tarea cuando empieza a domar sus caballos, la continúa enseñando a torear a sus caballos y la culmina en el ruedo, en colaboración con sus caballos. Que las cabalgaduras obedezcan o no sus jinetes, que colaboren con ellos, dependerá de la buena o mala doma que hayan recibido los caballos.

El rejoneo es un ejercicio violento que no admite violencias por parte del rejoneador. Quien no sepa dominar, sin violencia al menos aparente, a su cabalgadura, no podrá interpretar bellamente un ejercicio artístico, que ha de parecer consecuencia de la aplicación natural de unas reglas sencillas, naturales y artísticas, realizada por un hombre que, conociendo a fondo dificultades y riesgos, ha sabido plantearse de antemano cuantos problemas pueden surgir a lo largo de la lidia; y, en teoría, le ha dado, antes de salir al ruedo, una solución en apariencia sencilla y en realidad grata, para todos y cada uno de los espectadores, versados o no en el complejo quehacer artístico, que es siempre el trabajo bien realizado y brillantemente concluido del rejoneador de reses bravas.

Condición esencial es, pues, la maestría del jinete y el dominio absoluto que sobre su cabalgadura ha de ejercer. Maestría y dominio que, en los casos más afortunados, se traducen en una total compenetración del caballo con su cabalgadura, y viceversa, y que en ocasiones ha llegado a extremos asombrosos, como en el caso de don Alvaro Domecq Díaz y su famosísima yegua.

Quiero hacer notar aquí la importancia que en el arte del rejoneo tiene el oficio de la doma de caballos. El torero de a pie depende exclusivamente de sus propias reacciones, de sus reflejos y de su vivacidad; el caballero rejoneador ha de saber transmitir a un irracional todas aquellas órdenes que su raciocinio estima conveniente para salir con bien, airosa y artísticamente de un trance peligroso. Cuanto más sencilla y natural sea la solución que el rejoneador dé al problema, en colaboración con su caballo, tanto mayor será la eficacia y de mayor entidad el lucimiento y éxito de su labor, frente al peligro que tiene siempre la lidia de un toro bravo.

LA JUBILACION



UNA de las finalidades, esencial sin duda, de la aportación que durante el ejercicio de la profesión hacen los lidiadores a su Mutualidad, es la de asegurarse un modesto pasar durante

los últimos años de su vida. Esta finalidad no la alcanzan la mayoría de los que en su vida no supieron o no quisieron ser otra cosa que toreros. Y es preciso dar con la fórmula que permita a quienes lo dieron todo a la Fiesta vivir, por modestamente que sea, del retiro que su mutualidad les satisfaga. No se comprende cómo un hombre que ha actuado sin pausa alguna durante más de cuarenta temporadas, cumplidos ya los setenta y cinco años, necesitado de descanso y después de haber figurado en cuadrillas de las más relevantes figuras de su tiempo, reciba como única compensación a una vida de lucha, de riesgo constante, de triunfos y de tardes amargas, la cantidad, a todas luces insuficiente para un mediano pasar, de cincuenta pesetas diarias.

Es posible que la Mutualidad no pueda llegar a más; pero es necesario estudiar las facetas todas la cuestión para ver si hay una posibilidad de mejorar esa pensión, que juzgamos insuficiente, y en consecuencia las condiciones de vida de quienes ya no pueden ganarse el pan actuando en los ruedos. No se trata, ni nunca se ha intentado tal cosa, de premiar a unos y castigar a otros; todos han de ser protegidos si están necesitados de atenciones. Si consideramos que hay toreros que sólo fueron toreros a lo largo de su vida y otros que además de ser toreros ejercieron habitualmente otra profesión, veremos que éstos, cuando les llegue la edad del retiro, se verán atendidos por dos Mutualidades y percibirán, como es natural y justo, dos retiros. Pero ¿es justo que quienes se dedicaron absolutamente a la profesión de lidiadores de reses bravas con absoluta exclusión de cualquier otra actividad, sean tratados igual que quienes fueren toreros circunstancial, esporádicamente o como medio de aumentar sus ingresos, cubiertas sus necesidades ejerciendo otra profesión? Si pensamos detenidamente, sin apasionamientos, en esto es muy posible que lleguemos a la conclusión de que no es equitativo el trato de igualdad dado al torero y al torero-artesano.

El hombre de oficio que además ha sido torero ha llevado en teoría una vida de más trabajo que aquel otro que dedicó toda su actividad al ejercicio del toreo. En teoría es así; pero en la práctica vemos que la dedicación a la tauromaquia es mucho más intensa y más continuada en quienes han hecho del toreo única razón de su existencia que en quienes hacen del toreo medio auxiliar de subsistencia. Si esto es así —y bien puede investigarse la certeza de lo que digo—, no será arbitrario que cuando llega la hora del retiro, cuando se trata de dar al problema de la subsistencia una solución justa, se haga una diferenciación entre los toreros-toreros y los toreros-artesanos.

EL PUBLICO



EN teoría el público va a las Plazas de toros atraído por un espectáculo que siente y comprende y el torero realiza aquello que el público comprende y siente. Sólo en teoría, en estos últimos tiempos de avalanchas turísticas —; benditas sean!—, dispuestas siempre a invadir los graderíos de los cosos taurinos. Los turistas, en su inmensa mayoría, ni sienten ni comprenden el toreo; pero son, de ordinario, masa multitudinaria y abigarrada que influye poderosamente en el resultado económico de los festejos y, en muchas ocasiones, en el supuesto balance artístico de los diestros. Es fácil cortar orejas cuando hay una mayoría de espectadores poco o nada versados en tauromaquia. Los espectadores extranjeros van a los toros a divertirse y les entretiene y alegra agitar su pañuelo, imitando a cualquier vecino de localidad. Es natural que el señor presidente se atenga a lo reglamentado y no pueda tener en cuenta si el peticionario es o no entendido en tauromaquia.

Para nosotros este público, tan digno de aprecio desde el punto de vista de la economía del negocio taurino, no cuenta. Nos interesa —y mucho— el espectador que sabe lo que quiere y conoce todo o gran parte de lo relacionado con el arte de torear. No seré yo quien de patentes y títulos de buenos aficionados a quienes piensen en tauromaquia como yo pienso y tenga por malos aficionados a quienes ven las cosas de manera diferente a como a mí me parecen. Admito en todo momento que puedo equivocarme y estoy dispuesto a reconocerlo siempre que se me demuestre mi error. Estoy dispuesto, y muy a gusto, al diálogo; pero pido a mi interlocutor un mínimo razonable de conocimientos. Por lo común, muchos de los que se titulan aficionados no han sentido curiosidad alguna por conocer un tratado cualquiera de tauromaquia, y a lo más que han llegado ha sido a leer o escuchar las críticas de escritores o comentaristas especializados, para compartirlas cuando se trata bien a «su» torero o rechazarlas en caso contrario, sin pararse a pensar en la posibilidad de que el crítico esté en lo cierto. Para mí estos admiradores a ultranza de «un» torero no son aficionados al toreo, como entiendo que se ha de ser, y, en consecuencia, me resulta poco menos que imposible el diálogo con ellos.

Creo que todo aficionado a nuestra Fiesta nacional debe aprovechar cuantas coyunturas se le presenten para aumentar sus conocimientos. Cuando se va a los cosos taurinos y se comprende todo lo que se ve se ha alcanzado la meta ideal; pero si se entiende la mayor parte de lo que los diestros hacen en el ruedo y se distingue lo bueno de lo malo y lo verdadero de lo falso, se ha llegado a conseguir una educación taurina difícil de alcanzar. El público, en su mayoría, cree que su gusto es el más arabadado texto de estética a que puede aspirar la afición taurina, no está dispuesto a rectificar sus errores y, en muchos casos, no quiere reconocer su ignorancia.

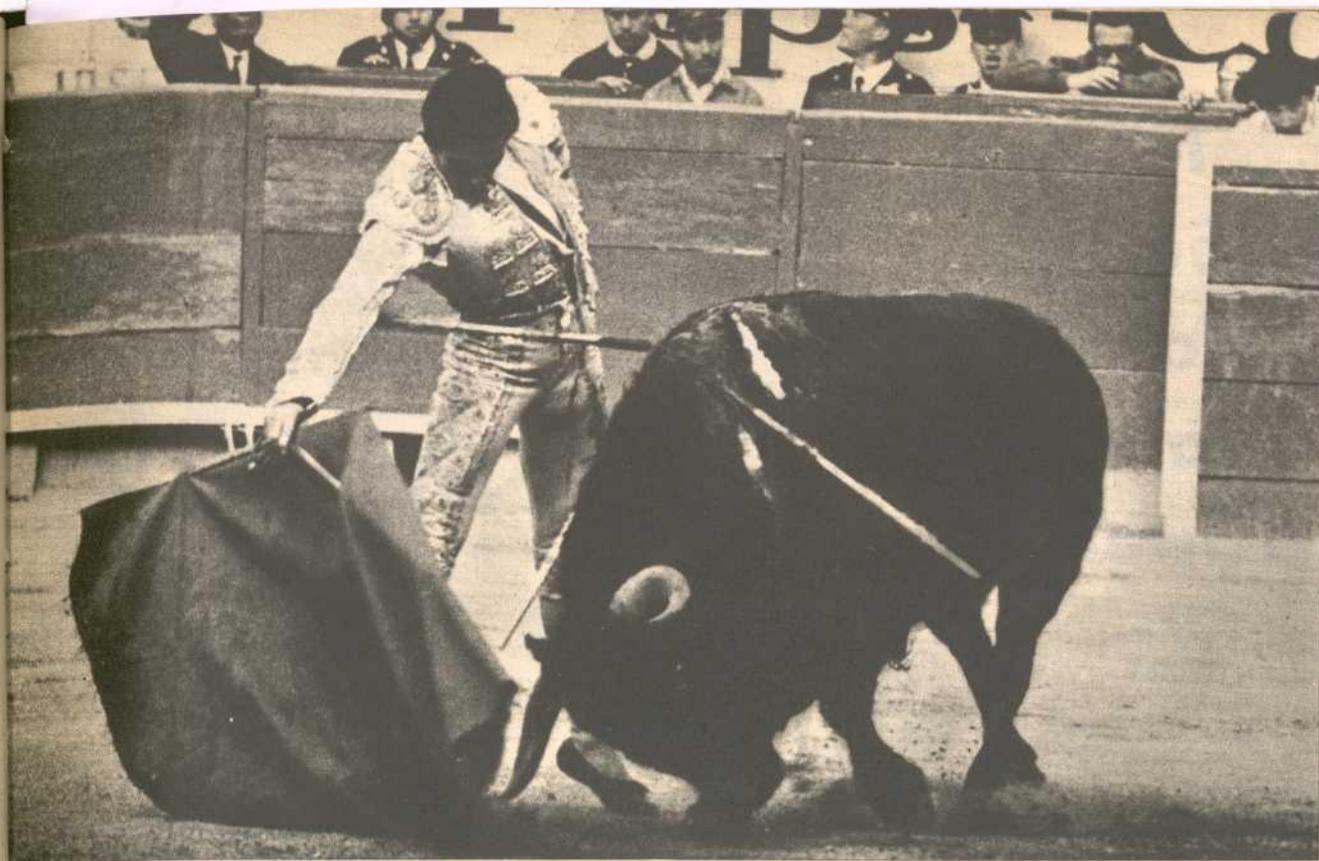


PAL ME ÑO

**Siguiendo
su brillante
campaña por los
ruedos
de América, llega a
Méjico,
se presenta en la
«Plaza México»
y arrebató
a los graderíos.**

**DE SU DEBUT
EN LA CAPITAL
OFRECEMOS
ALGUNOS
FRAGMENTOS
DE LAS
CRONICAS
FIRMADAS POR LOS
REVISTEROS
DE MAS PRESTIGIO**





«Gracias a una intuición increíble, a su corazón bien puesto, ha conquistado un sitio de privilegio, patentizado ayer en el coso de Insurgentes.»
(«EXCELSIOR»)



«Como buen cordobés, mostró que el senequismo es fuerza desesperada y serena de desdeñar. Así, desdeñoso del peligro, metido entre los pitones, fue sacando una faena trepidante por lo riesgosa. ¡Y qué polvareda levantó! ¡Qué emociones suscita y qué pasión exagera!»
(«NOVEDADES»)



«Nos habían dicho que era bueno. Pero se quedaron cortos. Es algo más. Porque reúne el valor con el conocimiento y la seguridad, pero sobre todo porque su toreo tiene calidad y una gran limpieza.»
(«CINE MUNDIAL»)

HAY veces que el hombre necesita acercarse a los niños para intentar comprender y perdonar a los hombres. El encanto de la infancia, su inocencia, nos acerca a Dios. Porque en el mundo de los niños, tan incomprendido, tan bonito, no existe el odio, el rencor ni la envidia. Todo es alegría y sentimiento. Todos los niños, en el fondo, son iguales. Y a ninguno les va aquello de «dan guerra». El vocablo guerra es de los grandes. Los niños están por encima de todo eso, precisamente porque no han llegado todavía. No comprenden la tiránica opresión que se ejerce sobre ellos. Que nadie se asuste por la palabra «tiranía», porque en esta ocasión estamos viendo las cosas desde el lado de acá, desde el cuarto de juegos, donde nada se sabe y nada se entiende de los problemas de las llamadas personas mayores.

En esta tarde invernal me he quitado unos años, no demasiados —ventajas de la juventud—, y me he sentado en el suelo, y he jugado, y he tratado de comprender las aventuras de sus juegos, sus peleas y el dramatismo de sus lloros.

¿Qué cómo son los niños de los toreros? Como los de usted, señor magistrado; como los de usted, señor fontanero; como los de usted, señor ingeniero, y también como los de usted, señor albañil. Todos los niños son iguales. Lo de la educación representará mucho de cara a la adolescencia. Hoy, en la niñez, apenas nada. Todo es sinceridad. Los niños se van de frente con sus problemas y piden ayuda, mediante el llanto, para solucionarlos. Dan la cara a los fracasos, pequeños fracasos, que a ellos les parecen mundos, con la nobleza de

los niños no dan «puñaladas traperas»

Texto:
VICENTE ZABALA

Fotos:
MONTES

...EL MEJOR TORERO

las lágrimas. Nada saben de recursos cobardes; sólo emplean el recurso del «pataleo»... tan imitado por algunos mayores y que, sin el candor infantil, resulta grotesco, falto de ingenuidad...

«Estamos de vacaciones»

A las dos de la tarde hablo por teléfono con Juanín. Juanín es el más pequeño de los Bienvenida, hijo de Juanito, quien hasta ahora, para la gente, era también el más pequeño de los Bienvenida.

—Hola, Juanín.
—Espera, que ahora se pone papá.
—No, hoy no deseo hablar con papá, es contigo con quien quiero charlar.
—¿Por teléfono?
—No; quiero mantener una entrevista contigo.
—¿Y eso qué es?
—Dile a papá que se ponga.
Quedamos citados a las cuatro de la tarde. Los niños de Gregorio Sánchez van a visitar a los niños de Juanito Bienvenida.
—Son amiguitos nuestros, ¿sabes?

—dice Conchita, una chatilla preciosa.
Yo me voy al cuarto de los niños a que me cuenten sus cosas. Pero apenas si hemos empezado llegan los niños de Gregorio. Los trae su mamá de la mano. Gregorito y Silvia dan un besito a los mayores y adoptan postura como vergonzosa, de visita. El «protocolo» pasa pronto. Juanín los toma de la mano y los lleva al cuarto de juegos. Me miran. Juanín parece adivinar lo que piensan. «¿Quién será este mayorzote?»
—Es un amigo de papá.
—Vaya, ya me he enfadado. Yo creí que era amigo vuestro.

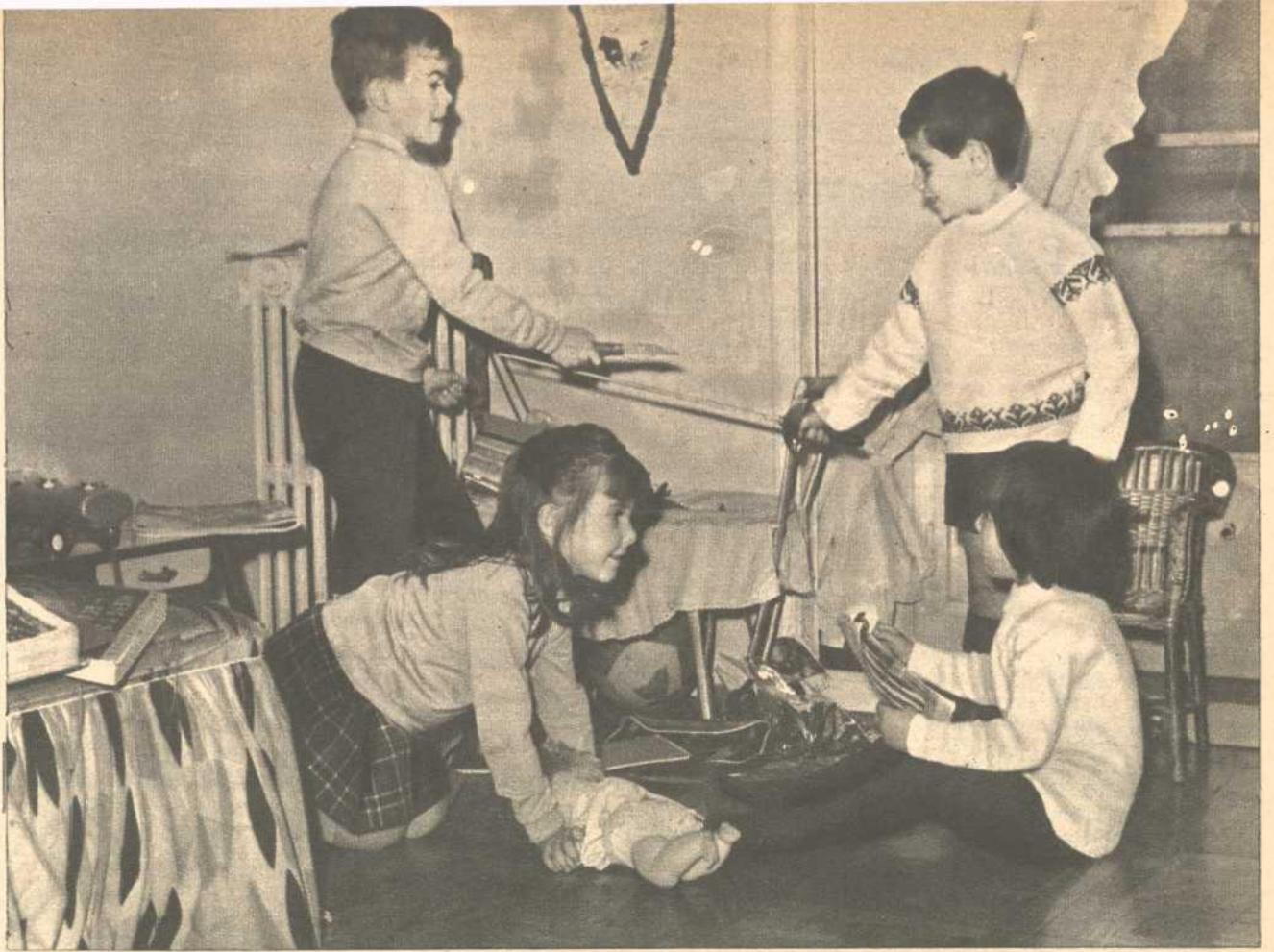
La esposa de Gregorio Sánchez habla a los niños de los Reyes. La pequeña Silvia escucha a mamá con atención. Gregorito, en cambio, atiende a Juanín Bienvenida, que desde el otro extremo de la habitación le dice que en el cuarto de juegos se van a batir...

Mientras los niños de Pablo Lozano se besan, el chimpancé que Pablito tiene entre sus brazos levanta la mano al oso, que indiferente atiende a la máquina. El mono hace el ridículo ante la fraternidad de los peques...



«Papá, ¡qué tonta soy! Pues no se me ha caído la figurita al cogerla...» El padre mueve la cabeza de un lado para otro, pero no puede contener la risa. La niña acaba sonriendo también

En el cuarto de juegos, Juanito Bienvenida —junior— se enfrenta a Gregorio Sánchez —petit—. La lucha es desigual. Mientras tanto, las niñas hablan de sus cosas



O PAPA!

—Bueno, amigo nuestro... también. Se empiezan a enseñar los juguetes. Hablan entre ellos.
—Toma esta espada, Gregorito, y to a este guante de boxeo.
Gregorito mira a Juanín y mira el pequeño guante de boxeo. No me cabe da que es el primero que ve en su da. Las niñas toman las muñecas, de as de goma, con las que juegan ahora.
Gregorito mira la espada y dice muy rio.
—Yo he pedido a los Reyes, flechas.
—¿Flechas?
—Sí —dice muy convencido—; fle-

chas de verdad, con veneno y todo en la punta.
—¿Para qué?
—Para matar «malos».
Intervengo en la conversación.
—¿Y tú que has pedido, Conchita?
—Una muñeca de goma dura y una bicicleta para Juanín y para mí.
Silvia, la chiquitina de Gregorio Sánchez, habla muy poquito; mira y observa. Le digo:
—¿Y tú?
Vuelve la vista, asustada, y responde con graciosa ingenuidad.
—¿Y yo?

—Tú, una muñeca —afirma el hermano.
—Sí; eso, pero que sea grande.
Y abre sus brazos pequeñitos queriendo señalar.
Y mañana...
—¿Qué vais a ser cuando seáis mayores?
Juanín salta el primero.
—Yo médico de «Rayos X».
—Yo, monja —dice Conchita Bienvenida.

—¿Y tú? —señala a Silvia Sánchez.
—No sé —se encoge de hombros y mira a su hermano.
Gregorito la mira con gesto despectivo, como diciendo «estas mujeres...», y al sentirse interrogado no duda en responder.
—Yo, torero, como papá.
Ya era hora que encontrase un hijo de torero que dijera que quiere ser torero. Le felicito. Juanín «se pica».
—Yo tengo una oreja de un toro que mató papá y tenía una muleta mía, que la hemos dado a los niños pobres.
—Una pregunta en conjunto. ¿Quién es el mejor torero?

apá ya está mejor. Juanito Bienvenida nrie. Ellos compensan los malos ratos pasados en el natorio. El símbolo de la paz, de la Navidad, el belén y el gar, el dulce hogar del pequeño de los Bienvenidas rebosa alegría

El maestro Antonio Bienvenida con Palomita, la chiquitina de su casa; el parecido con Antonio es asombroso, y ya en la pequeña se vislumbra la sonrisa tradicional de la dinastía



...EL MEJOR TORERO ¡PAPÁ!

Los niños de «Antoñete» con la mamá. «Estamos jugando con "esto"». «Esto» es un magnífico capote de paseo, blanco y oro, de papá. El chiquitín nada en bordados, sin darse demasiada cuenta de lo que representa aquélla (Fotos Carlos Montes)

Responde a coro.
—Papá.
—Pero ¿qué papá? Los dos son toreros.
—El de ésta y el mío —dice Juanín.
—El mío —asegura Gregorito.
Bueno, los dos. Es la mejor solución que se me ocurre dar antes de que se convierta en caliente esta reducida «guerra fría».
Los llevan a ver el belén. Montes tira fotografías mientras yo me dispongo a coger el abrigo.

Contra reloj

Las demás visitas se desarrollan contra reloj. En casa de «Antoñete» no hay nadie.

—La señora y los niños están en el cine.

Nos vamos a casa de Manolo Escudero.

—La señora está ensayando en Televisión.

Irene Daina está agobiada de trabajo estos días. Queremos hacer constar

que este reportaje ha ido sobre la marcha, sin preparativos. Sorprender ha sido nuestro «lema infantil».

Los niños de «Antoñete» acaban de llegar del cine. Cinco vástagos tiene el torero madrileño. Su esposa, con marcado signo de resignación de todas las madres de familia numerosa.

—¿Quién es el mayor?

—Yo.

—¿Torero?

—No: futbolista. Pero jugamos con «esto».

Un estupendo capote de paseo, blanco y oro, está en el suelo. El chiquitín, de siete meses, anda a gatas por encima de él. Todos hablan a la vez. Se llaman Pastora, Antonio, Almudena, Carlos y Luis.

—Futbolista, ¿cuántos años tienes?

—Seis.

El pequeño, de dos años, arma una verdadera zapatista. Lloro con una potencia verdaderamente admirable. Nadie sabe lo que quiere; pero el caso es que los hermanos echan a correr por los pasillos. Se los vuelve a reunir para

la fotografía. Aceptan a regañadientes...

En casa de Antonio Bienvenida hay mucho orden. Los mayores han salido y la pequeña, Palomita, se acaba de despertar. Tiene dos añitos. Se limita a posar para el fotógrafo cogiendo una figurita del nacimiento. Antonio la mira como el juguete de la casa...

Y vamos a casa de Pablo Lozano. Dos preciosos niños son arreglados de prisa y corriendo por la mamá. Los increpa con dulce acento mejicano. El pequeño llora, pero se le pasa en seguida. La abuela les dice que hay que ser buenos, porque los Reyes están muy próximos a venir...

Quedan convencidos. Admiten las fotografías en mil posturas. Entran en el juego y se olvidan de la cámara. Pero ya casi es la hora de acostarlos. Nos despedimos y concluimos una labor que podría haber sido mucho más extensa si el tiempo, enemigo y colaborador a la vez de los periodistas, no nos hubiera creado el agobio final de la premura.

Y una conclusión, vieja conclusión: es encantador el mundo de los niños, de todos los niños...



«Miguelín», ovacionado en su alternativa en la México.— Corrida sin relieve en El Toreo.

Triunfo en la feria de Cali, en Colombia.—Dos orejas a «El Viti» y vuelta a un toro de Samuel Flores.

MEJICO

ALTERNATIVAS DE «MIGUELÍN» Y ABEL FLORES

MEJICO, 30.—En la Plaza México se lidiaron toros de «La Laguna» y uno reserva de Pastejé, buenos en general. La entrada fue extraordinaria, llenándose completamente ambos tendidos.

Alvaro Domecq no tuvo suerte con su enemigo, puesto que la res se lastimó una pata cuando perseguía a una de sus jacas, y a partir de ese momento se quedó parada y sin llegar con franqueza al magnífico caballista. Sin embargo, pese a que no tenía toro propicio, Alvaro puso tres pares de rejoncillos de castigo por dentro, valientemente. Dos pares de banderillas de perfecta ejecución y colocación, y dos rejones de muerte que no bastaron, por lo que echó pie a tierra. Se mostró valiente, pero su valor se estrelló ante la embestida un tanto quedada del lagunero. Dos pinchazos y una media bastaron para terminar con la vida de ese segundo toro que mata en la capital azteca.

Jaime Bravo actuó como primer espada y confirmó la alternativa de Miguel Mateo «Miguelín» y de Abel Flores. Jaime se llevó el mejor toro del encierro, pero hizo con él cosas muy buenas y muy malas. Las buenas toreando por bajo con la derecha y dando extraordinarios muletazos; las malas, cuando alargó la faena y toreó mirando a los tendidos, haciendo cosas de pésimo gusto, por lo que el público le chilló fuerte cuando mató de un metisaca y de una entera. Con su segundo abrevió Jaime, pues el toro no tenía las excelencias de ese extraordinario «Ave Fria» que le correspondió en suerte.

Miguel Mateo «Miguelín» lidió el primero de la tarde y el quinto. Con los dos ha toreado muy bien con el capote. Puso seis pares de banderillas en sus dos ejemplares, levantando a la gente de sus asientos en su primero, haciendo alarde de portentosas

facultades físicas, aguantando las fuertes embestidas de su enemigo. Con la muleta estuvo breve en uno y temerario en el otro, con el que logró desplantes que hicieron estremecer a los espectadores. Lamentablemente, no hubo decisión con el estoque y sólo escuchó fuerte ovación.

Abel Flores, pese a su enorme afición y sus deseos de triunfar, no tuvo mayor fortuna en su lote. Su primer enemigo fue débil y quedado, por lo que Flores abrevió en su trasteo. A su segundo se lo devolvieron al corral por no embestir.

N. de la R.—La referencia telegráfica no especifica lo que sucedió después de esta devolución.

CANEDO CORTO UNA OREJA

MEJICO, 30.—La entrada ha sido buena, sin llegar al lleno en la Plaza de El Toreo. Se lidiaron un toro de Santín para el rejoneador Canedo, y seis de Santa María, que resultaron regulares en bravura y presentación.

Juan Canedo tuvo una brillantísima actuación. Su labor se destacó como caballista y como rejoneador, pues, luciendo magníficas jacas, hizo alarde de su forma estupenda de montar y su valor para clavar rejoncillos de castigo, banderillas y un fulminante rejón de muerte, que hizo doblar sin puntilla a un toro encastado, grande y fuerte. Canedo cortó una oreja y dio vuelta al ruedo, devolviendo prendas de vestir.

Manuel Capetillo trató a toda costa de triunfar; estuvo voluntarioso con el capote y la muleta en sus dos enemigos, pero éstos no tuvieron claridad en sus embestidas, por lo que el diestro oyó palmas en uno y escuchó fuertes ovaciones cuando, con arte, temple y mando, logró engarzar varios muletazos por bajo y con la diestra a su segundo enemigo.

César Girón ha tenido otra tarde valentísima, que, por desgracia, no coronó con la espada. A su primero, un toro con muchos pitones y peso, lo veroniqueó con aguante magnífico. Después con la muleta empezó su trasteo con temerarios doblones ródilla en tierra para continuar con varias series de naturales, que convencieron al público. Más tarde

ligó tres tandas de rechazos, que fueron muy aplaudidos, así como afarolados y de pecho. Desgraciadamente, con el acero no tuvo igual fortuna y dejó un pinchazo y una estocada, que, finalmente, le permitieron dar la vuelta al ruedo, devolviendo prendas de vestir. En su segundo toro César Girón volvió a mostrarse muy valiente con el capote. Puso un magnífico par de banderillas invitando, a su alterante Ramón Tirado y a su hermano Rafael a banderillar, lo que hicieron muy bien. Con la muleta César volvió a demostrar su arte y valor, pero como el toro nada quería con él, tuvo que abreviar y todo quedó en palmas.

Ramón Tirado no tuvo suerte en su lote. Con su primero escuchó ovaciones cuando intentó el buen toreo de capa y muleta, y con su segundo, un toro muy difícil, el torero mejicano tuvo que dejar en la Plaza su sello de valentía y personalidad que le caracteriza.

OREJAS A BERNADO

CIUDAD JUAREZ, 30.—Con magnífica entrada en sol y sombra, se celebró una corrida de toros en la Plaza Alberto Calderas, de esta ciudad, lidiándose toros de Trouyet.

Alfredo Leal cortó la oreja de uno de sus toros y cumplió discretamente en el otro.

Joaquín Bernadó ha estado magnífico en su primer enemigo, y con su segundo sus lances a la verónica y sus pases con la diestra y con la zurda enardecieron al público. Como terminó con la vida de su toro con una magnífica estocada, cortó dos orejas y dio dos vueltas al ruedo.

Emilio Rodríguez Vela, bien en uno y cortó la oreja del otro.

EXITO DE «EL TRIANERO»

URIANGATO, 28.—Toros de Javier Garfias. Manuel Capetillo, aplaudido en sus dos enemigos. Juan Silveti, ovación en uno y dos orejas y rabo en el otro. Juan Jiménez «el Trianero», dos orejas y rabo en el primero y dos vueltas al ruedo en el último.

COLOMBIA

CORRIDA TRIUNFAL

CALI, 29.—Seis toros de Abraham Dominguez y dos de Félix Fernández.

Pedro Martínez «Pedrés», una oreja en cada uno de sus enemigos.

Diego Puerta, ovación en el primero y una oreja en el otro.

Vicente Fernández «el Caracol», dos orejas en uno y dos orejas y rabo en el otro.

Santiago Martín «el Viti», ovación en el primero y dos orejas en el último.

DOS OREJAS A «EL VITI»

CALI, 30.—Cuarta corrida de feria. Lleno total. Toros españoles de Samuel Flores, bravos y de gran nobleza, especialmente el cuarto, que mereció la vuelta al ruedo.

«El Viti» hizo una valerosa faena y mató de volapié y descabello. Gran ovación. En su segundo realizó una magnífica faena, con pases con la derecha y con la izquierda entre el entusiasmo del público, que premió al diestro con las dos orejas de su enemigo después de una estocada fulminante. Dio también varias vueltas al ruedo.

«El Cordobés» superó cierta hostilidad del público, arrimándose espectacularmente a su primero en pases dados a milímetros de los pitones. Mató de una estocada. Ovación y petición de oreja. A su segundo lo toreó muy cerca en series de pases con la derecha. Matando de tres medias estocadas y descabello. División de opiniones.

«Caracol» hizo una faena pinturera a su primero, que fue un magnífico ejemplar y valiente y alegre, matando de estocada. Ovación y vuelta al ruedo. A su segundo le hizo una faena a los acordes de la música, con pases variados y adornos, molinetes estupendos y estocada. Gran ovación.



La víspera de Nochebuena, Diego Puerta y su cuadrilla salieron del aeropuerto de Barajas camino de Colombia para tomar parte en la gran feria taurina de Cali, continuando después a Méjico. (Fotos Cuevas.)

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

MEJICO. (De nuestro corresponsal.)—Por fin toreó «El Cordobés» en Méjico, después de unos días de expectación inusitada, en los que se creó un clima similar, en la afición azteca, al de las grandes solemnidades de los debuts de Manuel Rodríguez «Manolete» y Miguel Báez «Litri».

Cuando «Manolete» actuó por primera vez en esta capital, los resultados y el triunfo correspondieron a la atmósfera que se había creado en torno a su colosal figura. No así cuando llegó «Litri», cuya primera actuación dio lugar a una de las broncas más fenomenales que se han presenciado en Méjico, motivo por el cual el diestro de Huelva rescindió el contrato.

Ahora Manuel Benítez «el Cordobés», después de acaparar los comentarios en todos los sectores durante muchos días, ha actuado dos veces en la Ciudad de los Palacios. Y los comentarios siguen girando sobre el torero de Palma del Río. Para unos sigue siendo la figura cumbre. Para otros no es el torero que ellos esperaban. Respetemos el pensamiento de cada uno de ellos y digamos que aquí ha sucedido igual que sucedió en España y en los países sudamericanos, pues también ha surgido la polémica, la pasión y la discusión. A nuestro juicio, ahí estriba la personalidad de este singular diestro, que por donde va hace el milagro de que por largo tiempo sea el tema de los toros, principal cuestión a discutir.

De las dos tardes en que actuó Manuel Benítez en El Toreo sólo pudimos asistir a la del sábado 21 de diciembre y ésta —ya es sabido— no fue su tarde. Al día siguiente cortó las orejas de sus dos toros.

Volviendo al principio de estas cuartillas, dejemos sentado que la expectación se vio correspondida con los resultados. Si el día del debut no salieron las cosas como hubiera deseado el diestro, ciertamente al día siguiente alborotó el cotarro taurino y su triunfo fue calificado en la mayor parte de la prensa especializada. Su próxima actuación, en el mes de enero —Dios mediante—, ya es esperada por esta magnífica afición. Mas, como a mí me tocó ver la cruz del torero cordobésista, y no sería justo ni ético enjuiciarlo por una sola actuación, en donde los nervios traicionaron al valiente, prefiero transcribir a los lectores la opinión en ambas tardes de dos diarios acreditados en la materia, «Ovaciones» y «Esto», y la del semanario especializado, «La Hoja del Lunes».

Dice el primero de los diarios, refiriéndose a la corrida del día del debut: «Ayer, en El Toreo, debutó Manuel Benítez «el Cordobés», el torero más discutido y mejor pagado de España y América, y, nuevamente, volvió no solamente a los aficionados, sino a gentes ajenas a la Fiesta, esa sensación de espera temerosa por la inmediata presencia de lo que se espera sea un acontecimiento.

... la actuación de «El Cordobés» ha transcurrido entre protestas que arremedaban y entre ovaciones con idéntico ritmo... La suerte le deparó a «El Cordobés» el mejor

toro de los lidiados. Con tal ejemplar debió llegar la gran faena y la faena no llegó. Hubo muletazos emotivos. Con la muleta fue el mejor momento del debutante. Unas tandas de naturales, ajustadas en su mayoría y mandando y templando un par de ellos. Mató pronto, de una estocada entera. Y mientras algunos pedían la oreja, la mayoría protestaba y ni siquiera permitió que el espada diera la vuelta.»

El mismo diario, y firmado por «Tapabocas», dice así, refiriéndose a la corrida del domingo: «Orejas para «El Cordobés». Donde se ha salvado el diestro de la «nueva ola» ha sido en la parte artística. Su tarde de ayer ha sido completa a su manera. El muchacho de Palma del Río triunfó toreando. ¿No gustó a muchos aficionados? Claro que no, y, modestamente, quien escribe es de los que no pueden ser partidarios de Manuel Benítez, en su mejor tarde, porque entiende —afortunadamente— el torero sobre normas distintas. Lo estridente y raro no puede causarnos impacto.»

Ahora veamos lo que dice «Esto»: «Fracaso inicial de «El Cordobés», titula Juan de Marchena su crónica de la corrida del sábado. «A su primer toro lo veroniqueó del modo más corriente y sin fijeza de pies. Un detalle torero hubo, sin embargo, cuando con un capotazo, soltando una punta del engaño, puso en suerte al toro.

En el sexto, palmas y pitos y algunos pañuelos que demandaban la oreja.»

Respecto a la corrida del domingo, «Macharnudo» encabeza así su crónica: «Ayer sí entusiasmó al cónclave. Cuatro orejas, salida a hombros e historia en los tendidos ante el extraordinario aguante y las faenas de maravilla de Manuel Benítez.»

Y, por fin, en «La Hoja del Lunes» el cronista de turno, «Alférez», dice de la corrida del sábado que «se dio a Plaza llena y no pasó nada. Bueno, nada grande que merezca la pena, pues «El Cordobés» ni fracasó rotundamente ni triunfó a medias.»

Donde se vuelca el cronista es en la crónica de la corrida del domingo: «Manuel Benítez conquistó Méjico y cortó cuatro orejas. Ayer domingo... —¡Dios mío, cómo estuvo aquello!— ocupé mi localidad y me dispuse a presenciar la caída frente a nuestro público del Milagro de Córdoba, y no pasó sino todo lo contrario. Aquello fue la apoteosis, algo sencillamente inenarrable. Dentro de mí volvió la tranquilidad cuando «El Cordobés» fue haciéndose del público poco a poco en su primer toro, para en el segundo voltear materialmente EL TOREO boca abajo y terminar en una entrega total. Así, hubo en su segunda faena un redondo interminable, que la gente vio de pie. (Un muletazo, del que Silverio Pérez dijo que valió por toda una corrida). El TOREO volvió a ser el de las grandes tardes de «Armillita», de Garza, «Manolete», Silverio y Arruza.»

Con todo lo anterior, los lectores de EL RUEDO tienen materia para forjarse su opinión; pero mientras, la polémica, la discusión y la pasión siguen por donde «El Cordobés» va.

JUAN DE DIOS

CINCUENTA MIL ESPECTADORES MEJICANOS

ACLAMAN A JAIME RANGEL

MEJICO. (De nuestro corresponsal.)—Cuando una voz tan autorizada cual es la del Califa de León, Rodolfo Gaona, lanzó tan categóricamente la afirmación de que en Jaime Rangel había una figura indiscutible del torero, era porque él había intuido que en el joven diestro se estaba gestando la consolidación de un artista de relieve. Hoy, Jaime Rangel, sobre la arena de la Plaza de Insurgentes, escribió una página de su arte singular.

También «El Viti» saboreó las mieles del triunfo en su primero, un animal que llegó muy quedado a la muleta y al que Santiago, a fuerza de consentirlo y templarlo, logró ligar una faena muy del agrado de la concurrencia. Hasta el extremo que he oído decir, a buenos y asiduos aficionados, que esta faena fue mejor que la que le valieron las dos orejas del toro «Hortelano» —que, dicho sea entre guiones, pesó 464 kilos y que por un «lapsus» del cronista se dejó de reseñar—. Hoy «El Viti» llenó la Plaza y ese público que fue atraído por la resonancia de su triunfo anterior no estuvo en plan de generosidad, ni mucho menos. Más bien lo vimos un tanto frío con Santiago, y eso que yo estoy de acuerdo con los que opinan que hoy, en su primer toro, vimos el auténtico «Viti». En este toro, Santiago me convenció y pude saborear su racio y, ¡hoy sí, puro torero!

Joselito Huerta, sin lograr cuajar su tarde, estuvo en plan de lucha y con su pundonor y tesón de siempre hizo todo cuanto pudo por agradar.

En su primero, «Milagrito», de 460 kilos, negro zaino y afilado de pitones, José lancea a pies juntos rematando con una media muy torera. El toro salta al callejón, luciéndose Huerta y Rangel en sus turnos al quitar por gaoneras y chicuelinas, respectivamente. Brinda José al público y se dobla por bajo con mucho temple. El toro busca al intentar torrear con la izquierda. Hay nueva serie de derechazos y el burel se va descomponiendo poco a poco. Bonito trasteo preparando la muerte, acabando con media de buena factura y un descabello al primer intento. (Ovación y saludos.)

«Campanillero» fue su segundo toro, de la vacada de don Chucho Cabrera, como todos los corridos esta tarde. En los lomos llevaba 504 kilos, siendo su pinta negro zaino. El toro sale con muchos pies, y José hace todo lo posible por pararle y sacarle una faena porfiona a base de derechazos y naturales. Un pinchazo sin soltar y una estocada desprendida. (Silencio.)

Jaime Rangel, a su primer enemigo, «Califa», de 456 kilos, negro zaino y abierto de pitones, lo recibe con una larga afarolada de rodillas. El toro se arranca alegre al ca-

ballo, recargando y encelándose. En banderillas se avisa al de don Chucho y por fin, después de muchas dudas, coloca un buen par Fernando López. Tras brindar al público, Rangel hace una faena emotiva derrochando valentía. Un viaje y por fin cobra un pinchazo hondo desprendido. (Ovación y vuelta.)

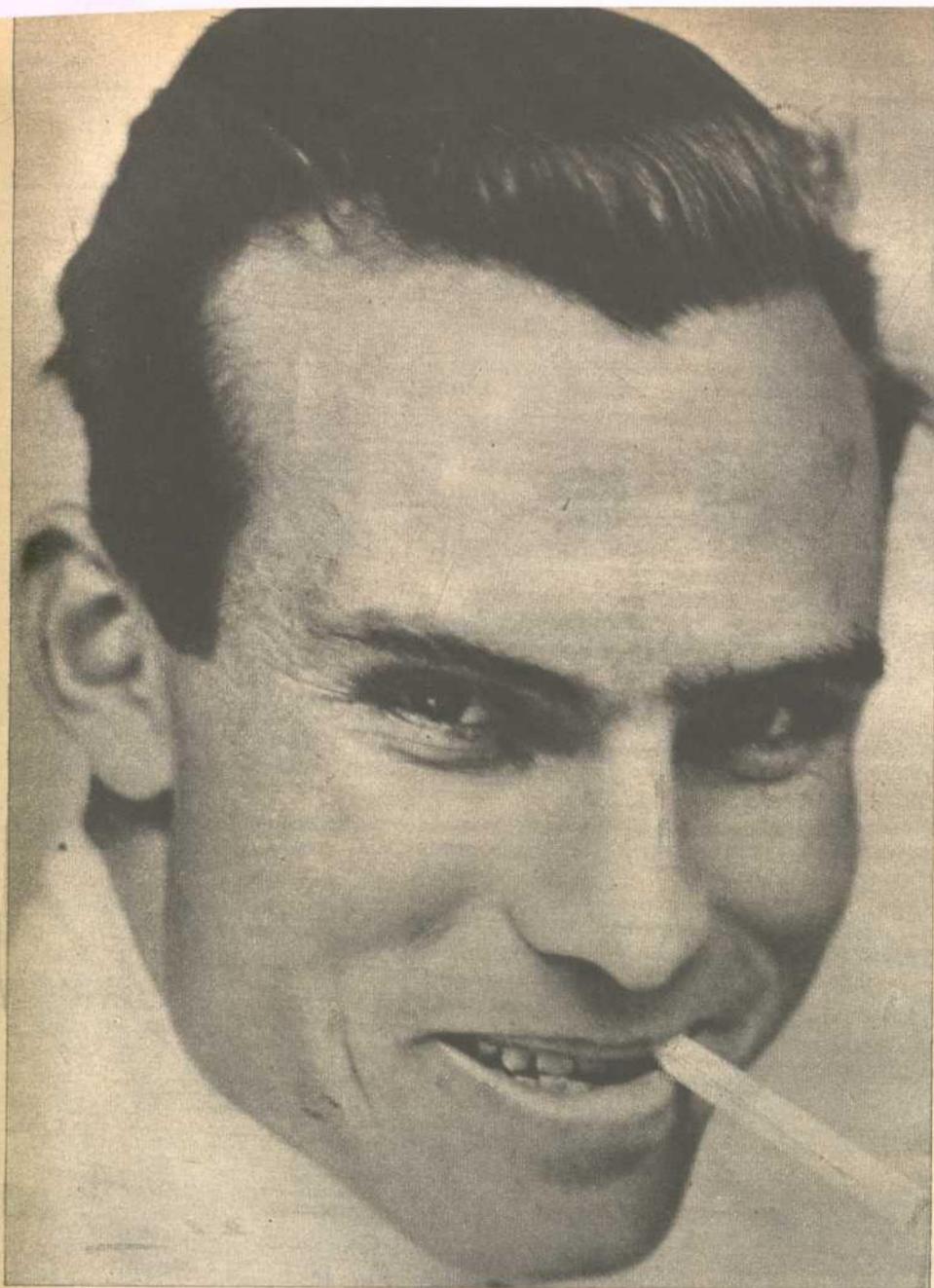
El triunfo grande lo alcanza en su segundo, «Turronero», de 450 kilos, negro, zaino y también abierto de cuerna. Muy castigado llega a la jurisdicción de Rangel, quien hace una faena a base de derechazos y naturales. Antes de caer el toro ya se pide la oreja. Señala un pinchazo y en el segundo viaje coloca un pinchazo hondo. (Oreja y dos vueltas.)

Y por fin hablemos de «El Viti», el triunfador de la tarde inaugural. Aquel día, Santiago volvió locos a los graderíos, con su torero personal, que llega muy intensamente a la afición. (El es uno de los favoritos de la mejicana.) En esta tarde del domingo, sin impresionar al público tan fuerte como en la primera corrida de la temporada, a nosotros, y ya lo hemos dicho, a los buenos aficionados, nos convenció plenamente. Observamos en él la rectificación de ciertos defectos que le habíamos notado y ello fue en su favor y con el tiempo se habrá de sentir satisfecho de que la crítica constructiva le ayude a perfeccionar su torero y ser la figura de primerísima categoría que por su honradez y clase tiene derecho a ser y que ha conquistado en todos los ruedos del mundo.

Hoy toreó a su primer enemigo, «Esperanza», de 450 kilos, negro zaino, gacho y cerrado de cuerna, con verónicas de mucho sabor torero, haciendo un quite muy oportuno en un derribo. Su faena fue de mucho mérito, ya que el burel no quería pasar y el salmantino lo hizo todo. A base de pisarle los terrenos al toro, de porfiar y de consentirlo, Santiago sacó muletazos increíbles, en los que todo el merecimiento fue del de Vitigudino. Una faena grande, rematada con un pinchazo ejecutando a ley la suerte. (El público solamente le ovacionó y le hizo salir al tercio.)

En su segundo, «Buen Mozo», de 458 kilos, negro de pinta, se acomoda bien en varias verónicas por el lado derecho. En la primera vara desmonta y en la segunda derriba. Santiago inicia su trasteo doblándose por bajo. Después, el toro, con mucho nervio y muy pegajoso, no le deja acomodarse del todo y sin descomponer la figura, pero sin estar a la altura de otras faenas, pone fin a la situación con un pinchazo y una estocada.

JUAN DE DIOS



TRES MOMENTOS DE DOMINGO ORTEGA

(Boceto para una Tauromaquia
de la Edad de Oro)

Por «Don Antonio»
Reportaje gráfico, Roderó-Vaquero

Domingo Ortega,
de Borox,
Toledo.
Llegó a los toros
por los años
treinta.
Aún vive, gracias
a Dios.
De él se han
escrito, por lo menos,
dos tauromaquias
que recordemos,
y firmadas
por nombres
ilustres.
Pero falta la
que escriba
él sobre
su sentimiento
del toreo,
su formación
al margen de las
escuelas, su
personalidad íntima
en el toreo
de una edad que
para nosotros
es aún la de
Oro del Toreo

y III

QUISMONDO

El tercer momento que trato de evocar en la historia torera de Domingo Ortega es esencial para comprenderle en toda su dimensión: fue en un tentadero.

Había pasado mucho tiempo desde aquella lejana tarde de Logroño y, sobre todo, había pasado nuestra guerra sobre España. Esta fue fatídica para muchas cosas, entre las que se cuentan las carreras artísticas de los toreros de la época, hechas retazos por otras urgencias del más tremendo dramatismo. Creo con sinceridad que Ortega fue el más perjudicado por esta coyuntura, como ya he tenido ocasión de decir.

Tuve por entonces ocasión de verle en distintos momentos. Uno de ellos muy de cerca, cuando Ortega confirmó la alternativa a Mario Cabré el 7 de octubre de 1943 en las Ventas, en corrida en cuya organización tangencialmente intervine desde mi cargo, ya que se montó a beneficio de las Obras Asistenciales del Sindicato Nacional del Espectáculo, cuando era jefe del mismo el señor Ramos Meri-

llas. El cartel estaba formado por seis toros de doña María Montalvo para el borojeño, Antonio Bienvenida y el polifacético toricantano barcelonés. Se agotó el papel, y Domingo tuvo una tarde maestra; pero su actitud, sus palabras, anunciaban una cercana retirada. Efectivamente, ésta se produjo poco después.

(No se extrañen de esta precisión de datos cuando tantas veces he hecho alarde de mala memoria. Ya he dicho que intervine algo en ello, y como recuerdo tengo en mi despacho, al alcance de mi vista, un cartel de seda de dicha corrida.)

Es la segunda etapa de interrupción en la trayectoria taurina de Ortega; ésta, voluntaria. Si Ortega se asoma a la actualidad no es en actividades taurinas (como no sean las de los festivales benéficos), sino en preocupaciones intelectuales. Hasta que llega el momento en que la añoranza puede más que la voluntad, porque el corazón se conserva mozo, aunque las sienes hayan plateado. Y Ortega reaparece, al cabo de unos años, en Valencia

Yo tuve ocasión de verle en San Sebastián

ORTEGA

en una corrida del mes de septiembre, en el año que se celebró en la capital donostiarra el I Festival Internacional de Cine; lo recuerdo porque la corrida se organizó en homenaje a los asistentes al Festival que transcurrió por aquellos días. Los toros eran de Guardiola y tuvieron mucho que torear. Por coincidencia, también figuraba en aquel cartel Mario Cabré, incluido por su doble condición de torero y galán de cine, que había tenido su romance y todo con Ava Gardner; yo creo que Domingo aún no había rodado su «Tarde de toros».

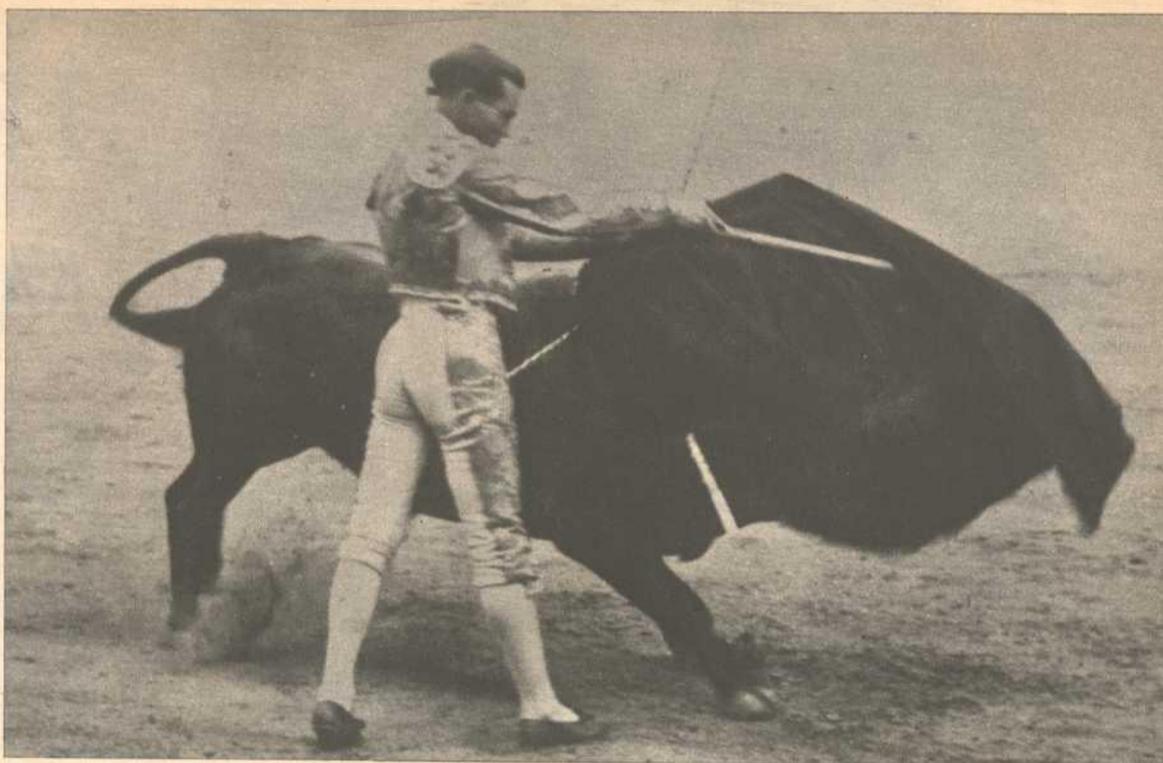
Para la difícil maestría de Ortega —ya hablaremos de lo «fácil» y «difícil» en el arte de lidiar los toros— los guardiolas no fueron obstáculo; no se planteó problema de lucimiento; los dos toros le duraron exactamente el tiempo que él quiso. Estuvo tan frío y tan exacto como una demostración matemática; y esto es lo que (en términos generales) se puede decir de la reaparición de Domingo Ortega: que fue más cerebral que apasionada.

Por ello, ni taurina ni emocionalmente, estas dos ocasiones —que sólo cito de pasada— dejaron en mí la huella de aquellas otras a que me he venido refiriendo, y que son las que me definen la personalidad del toledano. Ni tampoco produjeron la impresión de este tercer momento al que he comenzado a aludir: el de una actuación suya en el campo.

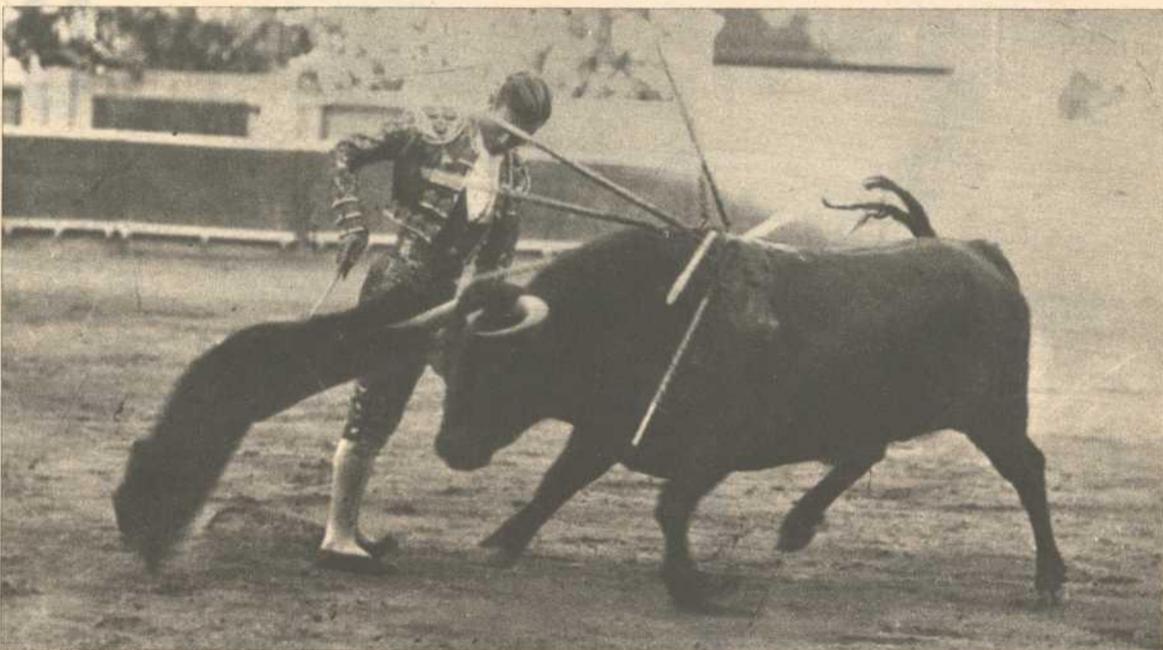
La finca era «La Guadamilla», de Celso del Castillo, en el término de Quismondo, en Toledo. Era una tarde de abril de hace pocos años; no recuerdo exactamente cuál, mas, para dar una pista a quienes tengan mejor memoria que yo, les diré que era la tarde en que jugaron España y Portugal su último partido internacional de fútbol (el que ganaron los nuestros por un gol de Di Stéfano al sacar una falta), ya que después de la tintera lo estuvimos viendo en la casa de la finca por la televisión. Era una tarde de frío glacial, crudísimo —pese a ser el mes de abril—, y por la noche nevó.

Había comprado Celso —excelente amigo y buen ganadero, al que no le gusta el ganado de dulce— unas vacas de Juan Guardiola; inauguraba placita de tintera, construida «orilla de la casa», como dicen por Toledo, y era Domingo Ortega el gran preboste de aquella solemnidad, celebrada (como he dicho, pero cuanto se insista es poco) con un frío tan intempestivo como siberiano. Pero las vacas salían con gracia, tenían que torear, y Domingo (que también se ha visto siempre atraído por el ganado con problemas, y buena prueba es su triunfo repetido e inigualado con animales fogueados) se encontraba tan a gusto en el ruedo nuevo como si el tiempo estuviese propicio para que floreciesen los naranjos.

Al cabo de los años he visto torear mucho; también (para ponderar las cosas en su justo valor) insisto en que se trata de una era-



El ayudado por alto dentro de la más pura ortodoxia. Adelantada la pierna que torea, muleta tomada con la mano izquierda y apoyada en la derecha la espada, resulta más ceñido que el de pecho



Una variante del kikiriki dado por bajo. Los codos —que en «Gallito» se elevan para buscar más gracia—, en Ortega, bajan porque a los toros dominados por bajo se les domina mejor. Vean esos pies

El molinete. Los ha habido emocionantes y magistrales en la historia del toreo. Yo no he visto ninguno en que el toro vaya más toreado y de todo el lance se desprenda más serena y armónica belleza



la adelantadilla, en su tercera hierba; cosa que —aunque en la moderna publicidad no se valora— no es, ni muchísimo menos, un toro. Pero yo no recuerdo nunca a nadie una faena tan compacta, hermosa, artística, fenomenal. El frío, que antes se metía hasta la medula de los huesos, ya no se sentía porque la medula estaba estremecida por aquella perfección; no lo sentía Ortega, caldeado por el fuego interior, inspirado, que le animaba. Iba y venía la muleta en juego de suave cadencia, acompañada a la brava embestida, brillante a puro de tersa, armoniosa en el temple, graciosa en el adorno, rotunda en los remates; yo creo que es una de las tardes en que Domingo Ortega se ha complacido más a sí mismo, más honda intimidad satisfecha y sentido.

Celso del Castillo estaba entusiasmado por el juego que daba aquella vaca y la forma en que Domingo la toreaba. Hasta que uno de sus hijos, contagiado por el entusiasmo, se desbordó:

—¡Qué maravilla de vaca! A ésa salgo yo...

Dicho y hecho; salió animoso del burladero. Yo le había visto torear otras veces y sabía que no era un novato; desde chico había andado entre ganado bravo. Domingo, sonriente, le cedió la muleta y...

A la tercera voltereta, el muchacho desistió. Había peligro de algo serio.

—Es que como ya la han toreado... —se excusó mientras devolvía la flámula a Ortega.

Este volvió a citar a la vaca, y —como si el animal recitase una lección aprendida de memoria— no he visto sumisión más plena, docilidad más doméstica, suavidad más pastueña. Si antes había hecho Domingo una faena clásica, fundamental, escultórica, ahora la hizo por alegrías, adornos, recortes, molinetes.

Siempre recordaré aquella tarde de frío polar como uno de los momentos más inspirados en la vida de un gran torero. Como uno de los más emocionantes en mi vida de espectador. Como uno de los más luminosos para dibujar la definitiva personalidad torera de Domingo Ortega.

EN SU AMBIENTE

Lo primero que observé es que —quitado el frío, que puso la única nota desambientadora— el paisaje, el caserío, todo el cuadro (cuyo corazón, latiente en diástoles de naturales y sistoles de pecho, parecía ser la muleta) formaba un conjunto armónico, entrañable, racial, en el que no se echaba de menos el brillo del traje de luces.

Es más, desde entonces he tenido la impresión —puramente personal— de que en su intimidad, Domingo Ortega ha mirado el vestido de torear como algo ajeno a sí, como un postizo, como un aislante interpuesto entre él y su afición; como una aceptación de la rutina de la Fiesta, que tan pocas concesiones ha hecho a la innovación de su indumento.

De modo evidente, al diestro le han atraído las Plazas, las ovaciones, la popularidad. Aún recuerdo su confiada pregunta al jefe (cuando a mediodía arreglaban asuntos de finanzas) pocas horas antes de la recordada corrida del Sindicato:

—Se habrán agotado los billetes de la corrida, ¿no?

Pero esto no era más que por conciencia de su propia personalidad, por el legítimo derecho e inexcusable deber de mantenerse en el indiscutido puesto en que se entronizó mientras fue torero en activo. El era un ídolo y, con más o menos entusiasmo, tenía que mantenerse en su pedestal. Pero al margen

de las Plazas es donde —yo así lo veo— ha toreado más metido en sí, más espontáneamente, con un desbordamiento más caudaloso e íntimo de su personalidad.

En las Plazas el instinto de dominar y el de vivir (o, más bien, el de sobrevivir) entran en lucha. Sobrevivir no sólo físicamente, con el afán de conservar la vida intacta, sino artísticamente, en la estimación del público en un lugar de privilegio. En el campo, por el contrario, se cumplía en el ánimo del torero, en toda su amplitud, la quinceava obra de misericordia (que es, según Unamuno, «despertar al dormido»). Y en esta vigilia artística es cuando Ortega encontraba la íntima razón de ser de su Tauromaquia.

En efecto; en los ruedos —habitados a ver realizar tradicionalmente las faenas de capote o muleta bajo una norma determinada—, cuanto más tiene Ortega que seguir el canon establecido por sus antecesores, tanto más tiene que reprimir su impulso expresivo de artista. Porque toda forma estética tiene sus leyes propias, que el toreo —como otra cualquiera de las artes— ha de obedecer si quiere alcanzarla.

Y así vinieron a ser normas —y, por su abuso, rutinas— aquellas que sintetizaron Ramírez Bernal y más tarde Federico Alcázar, de que no se pase con la mano derecha siempre y continuamente a una res boyante que atiende al engaño y lo sigue noble y dócilmente;

aquella otra que no consiente que a un toro sencillo se le harte de pases con el solo objeto de que el espada de turno se ponga bonito;

estotra que no permite que el diestro mueva los pies sin colocarse en corto, fino o con pausa en el movimiento de la mano que torea temperadamente;

esta que ordena no dar pases por bajo a

Para quienes creen que el toreo moderno comienza en ellos, este gracioso cambio. Ortega, en plena juventud, ya lo daba

Estar con los toros es difícil. Pero tanto o más es irse de ellos con gracia. Para una revisión del concepto toreo de Domingo Ortega presentamos este remate con la izquierda al terminar una serie



ORTEGA

la res que humilla por exceso de castigo o prohíbe que a los toros descompuestos de cabeza, que puntean y tiran derrotes, se les pase por alto;

finalmente, la que rechaza el empleo del toreo en redondo con toros que carecen de fuerza y agilidad en las patas, ya que se trata de un toreo indicado para castigar y restar poder.

En la Plaza están los puritanos de una ortodoxia rutinaria que se atiene más a las reglas «de siempre» que a la creación; están los intransigentes de una forma de ver y hacer el toreo. También ellos fueron revolucionarios en su juventud —y cuando Juan Belmonte desbarata todo lo legislado sobre terrenos lo aclaman como es de justicia—; pero fijan la norma nueva como definitiva, como «suya», y convierten la clara corriente del río del toreo en un solidificado y árido espejo, donde se miran para ver «su» toreo como el más hermoso de todas las épocas.

En el campo, por el contrario, el ánimo está lleno de naturaleza, de naturalidad; todo reflejo es libre; todo movimiento, espontáneo; el torero no torea para sus censores, sus idólatras, sus críticos, sino para sí, para la intimidad de su arte, para la cultura de su expresión. En el campo cesa —en el ánimo del torero artista— la oposición entre el impulso de la personal expresión y la aspiración a una determinada, prefabricada forma.

Y así, Domingo Ortega, toreando aquella tarde en «La Guadamilla», arrastrado por el impulso de expresión de su sentimiento del toreo, está en peligro de vulnerar la forma académica de las Tauromaquias. Modifica el ritmo, el tiempo, las relaciones dinámicas entre él y el toro, como corresponde al estado

Dominador de toros que merecían ser dominados, ha gustado Ortega de mostrar ese dominio a la manera más clásica: cogiéndoles por las astas. Así dicen que Belmonte hizo llorar a Eduardo Miura.



El pase por aito con la derecha tiene en Domingo Ortega el poderío que le dan su buena apertura de compás, el temple de su brazo, que acompasa la embestida, y la tersura de la muleta no enhebrada

momentáneo de su sentimiento, y corre el riesgo de perder de vista el respeto a lo que se tiene como verdad taurina intangible. Pero crea belleza. Hace del toreo una obra plástica libre, espontánea, personalísima. Con un nuevo sentido dinámico del lance. Con un sentido pleno, independiente, conseguido al aire libre. Ese aire libre que trae el toreo de Domingo Ortega cuando viene del campo.

SU ÚLTIMO ESTILO

Aquellas vacas de Quismondo —suaves para Ortega, ásperas para los demás—, ¿qué pro-

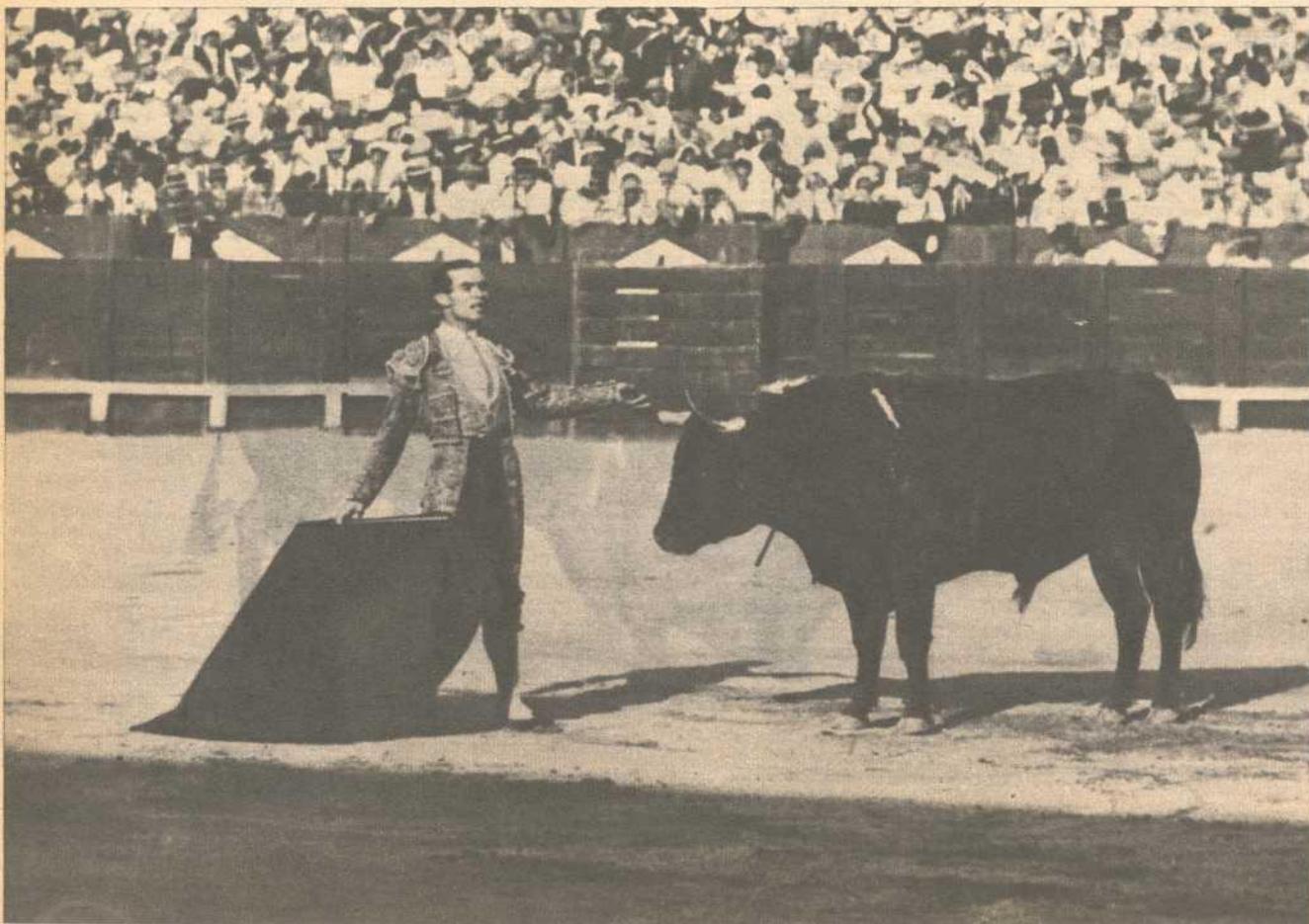
ductos dieron después para las Plazas?

Por referencias que me dieron mis amigos los ganaderos, salieron fuertes y difíciles. Seriamente difíciles, si hemos de juzgar por los resultados artísticos conseguidos por los diestros que los torearon. Estos —como en aquella ocasión el hijo del ganadero de «La Guadamilla»— se vieron en muchas ocasiones con los pies por el aire en vez de tenerlos plantados fijamente en el suelo. ¿Hubiera podido con ellos Domingo Ortega de haber estado en activo?

Posiblemente, sí. Aunque tal vez no hubiera intentado el lucimiento. Pero ¿poder? Desde el primer capotazo. ¿No venían de simular reata los guardiolas que yo le había visto dominar en San Sebastián? Aquello tuvo un mérito inmenso; un mérito que no pasó inadvertido a los espectadores más superficiales, pero que ellos ya tenían clasificado en sus tópicos terminológicos, como «la difícil facilidad», con el acento puesto en la palabra «fácil».

Cuando en arte uno sabe hacer con soltura lo que para los demás es un parto difícil, se le llama genio. No hay dramas más fáciles que los de Shakespeare; no hay humor más fácil que el cervantino; ni más fáciles pinceladas que las de Velázquez, o más fácil arquitectura que la de El Escorial. En esa misma línea de facilidad está el toreo de Domingo Ortega; y no rebajo un ápice.

(Esta facilidad —inasequible a los no geniales— tuvo sus inconvenientes, sobre todo en los tentaderos, al hacer pasar por buenas



Esta es la interpretación orteguiana de la manoleta. Para quienes piensen que aquí torea Ortega con el pelo canoso podemos decir que este lance estaba perfeccionado por él en el año 1934. (Archivo.)

para el torero muchas vacas que no lo eran; como en el ruedo ganó trofeos de toros condenados al tuesten. Las vacas de «La Guadamilla», por ejemplo, en sus manos fueron sensacionales, pero el ganadero las ha sustituido ya por otras de procedencia Santa Coloma. Siempre he oído comentar a los ganaderos que no conviene llevar toreros de dimensiones extraordinarias a las tientas si se quiere conocer a fondo las posibilidades de las reses tentadas. Dicen que, con excepciones, sus productos no van a ir a parar en la Plaza a manos de artistas extraordinarios, sino a las de aquellos toreros que forman el grueso del escalafón y tienen más limitadas posibilidades de dominio artístico.)

Volviendo a la «difícil facilidad» diré que, con su carácter de aparente elogio, tiene para muchos aficionados a toros un sentido peyorativo. Las consecuencias de la «difícil facilidad» la han sentido sobre sí —en forma de sonoro desvío de los públicos— todos los toreros excepcionalmente dotados por la Natu-

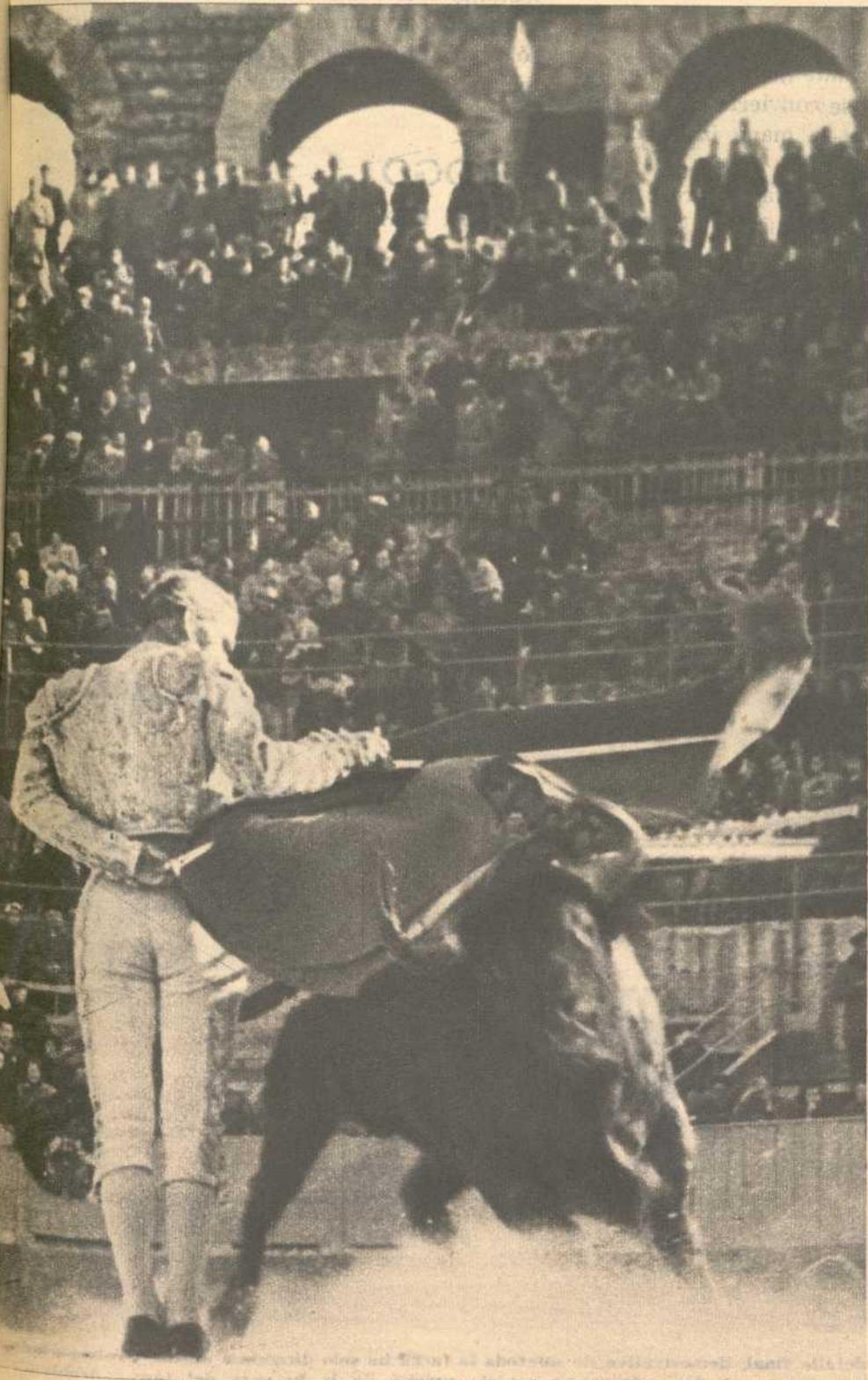
raleza para alcanzar las cimas del arte; para ser sus clásicos. La masa aficionada, desde siempre, ha mostrado sus preferencias por aquel torero cuyo esfuerzo se traslucía a flor de piel, antes que por aquel otro semidiós que difícilmente se ve en peligro. Estos hablan a la emoción; los otros, a la inteligencia; y desde Salomón está hecho, con meridiana claridad, el balance de los hombres listos.

Por esta principal razón se agudiza la crítica del toreo de Domingo Ortega, precisamente en el momento en que éste se hace más maestro. A los leves pasos que da para mejorar su terreno en los embroques se les niega ortodoxia (porque los aficionados han olvidado lo que es el «toreo sobre las piernas») y se acusa al diestro de no aguantar e «irse al rabo», cuando la realidad es que estos lances, cuando los pies se movían, estaban hechos y terminados, y con ese movimiento solamente se les añadía más duración y se les daba mayor dominio. Se reiterará que no usa la izquierda, aunque en «Navalcaide» esté

la cabeza de un toro colorao de Aleas, cuya faena puede quedar en el toreo moderno como modelo de pureza clásica, de hondura impresionante en el toreo al natural; a su toreo por pases cambiados por bajo, trincheras, se le acusará de innecesario con muchos toros, y de monótono porque en el fondo se sabe que en él está el secreto del dominio del maestro y a la masa le gusta —en busca de emociones— que se transparente en los toreros el peligro.

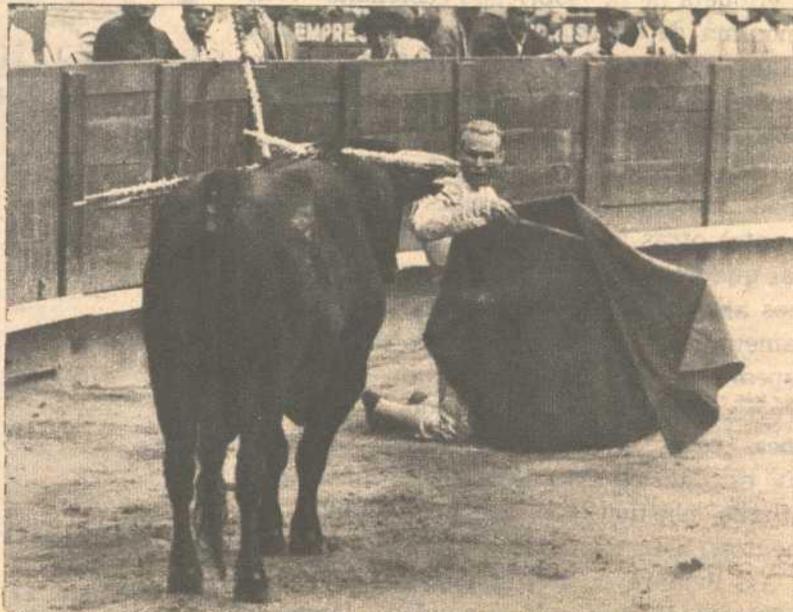
El sentimiento con que se pudo ir «Gueirrita» de los toros es el que se transparenta también en el rostro de Domingo Ortega cuando éste deja el toreo activo por primera vez en su vida.

La verdad es que Ortega ha depurado su último estilo hasta hacerlo impalpable, como el polvillo que desprenden en su aleteo las mariposas. Parece imposible lograr tanta suavidad en tan tremendo y dramático oficio. Pero al mismo tiempo —aburrido en su trono, que con nadie comparte— permite que la señorial

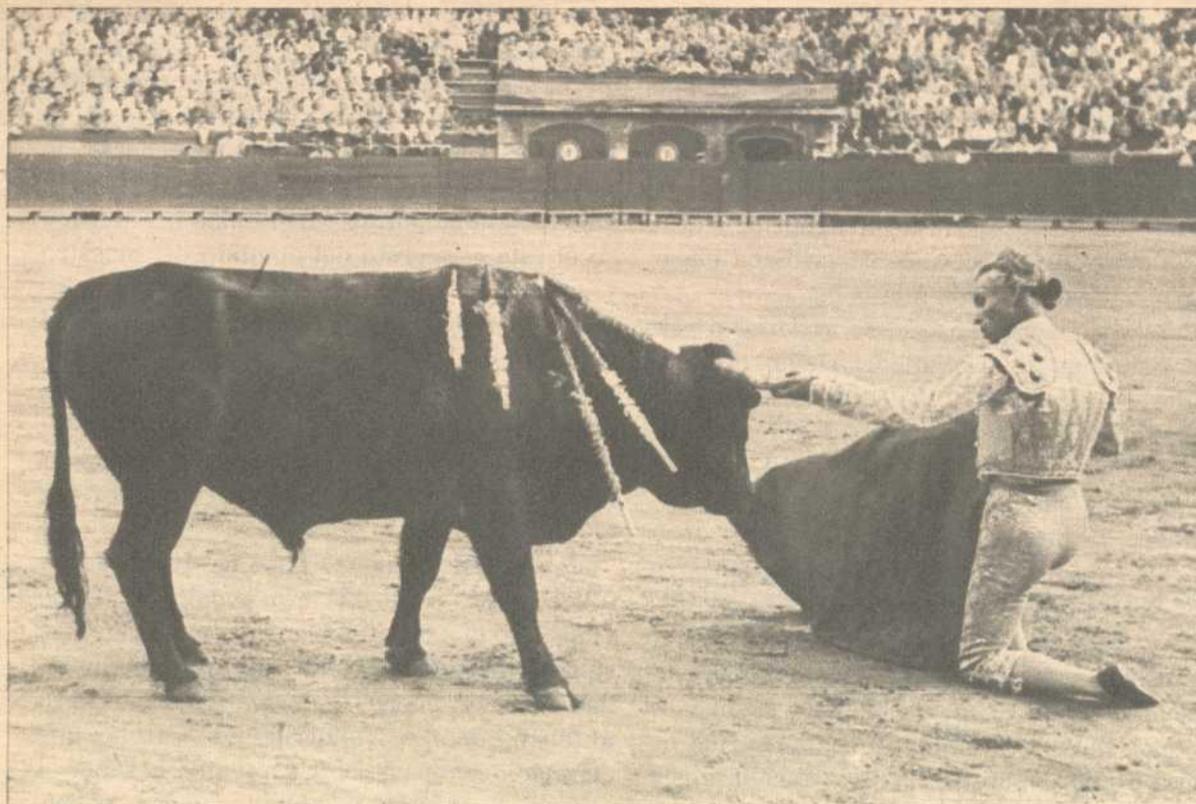


Toreo de rodillas. No «a pasa torito» y aprovechando el viaje, sino citando con un reposo y una serenidad que se ve pocas veces en esta suerte, practicada —tantas veces— en pleno frenesí nervioso

Si en la foto anterior se citaba para el pase en redondo de rodillas, aquí se cita por alto. Un buen modo de dominar y vencer a toros levantados y prepararlos para un fácil trance con la espada. (Archivo.)



ORTEGA



Un momento muy característico de Ortega. El adorno de rodillas, como consagración de un dominio logrado. Este momento y este adorno se conservaron a través de sus distintas etapas. (Foto Archivo.)

elegancia de su toreo se deje llevar, en ocasiones, por la línea de menor resistencia, de mayor facilidad. Cada vez parece pesarle más el traje de luces y hallarse más a su gusto vestido a lo campero. La falta de una verdadera competencia en sus años grandes le desilusiona; solamente en los tentaderos o en los festivales recobra esa chispa que pone brillo en sus ojos, devuelve a su capote una sedña prestancia, comunica a su muleta una omnipotencia ardiente.

Y si su último estilo es el que encierra una belleza más íntima, es porque corresponde a la etapa en que Domingo Ortega más ha toreado para su empeño creador; más ha toreado para sí.

SOBRE LA SOBRIEDAD Y LA MUERTE

Solamente he de hacer ya un par de breves indicaciones sobre perfiles en la personalidad taurina del maestro de Borox para dar por terminado este boceto.

La primera se refiere a esa postura cómoda y encasilladora que ha colocado sobre Ortega la etiqueta de la «sobriedad castellana» como sinónima de cortedad de medios expresivos de un arte lleno de autenticidad, con lo que el elogio se convierte, a la larga, en la evocación fantasmal de un torero triste.

Nada más lejos de esa tristeza que la realidad orteguiana. Para ello hemos elegido —entre otras muchas— el grupo de fotografías que adornan nuestras páginas, en que vemos al matador en varias suertes, unas fundamentales, otras de adorno —siempre éste supeditado a un fin de dominio—, pero impregnadas todas de un sentido de elegancia pocas veces logrado en el toreo. Elegancia, que es el difícil arte de lograr el máximo resultado plástico con los más simples elementos.

Así llamaré la atención sobre la armonía del juego de brazos en el ayudado. Destacaré

la gracia de esa variante del quiquiriqui, que en Domingo Ortega se convierte en una triucherilla airosa sobre la mano izquierda. El molinete...

Pero el molinete necesita un breve punto y aparte. Tanta es la elegancia, plasticidad de ese lance reposado, dominador, armonioso, realizado en bronce.

Y continuaremos con el cambio de espaldas —pletórico de sevillanía e inspirador de mil lances modernos— para seguir con los desplantes; podremos ver también la (llamémosla así para entendernos) manoletina, y las variantes dominadoras del toreo de rodillas. Para quienes dudan del torero artista, ahí toda esa gama riquísima de momentos que

deliberadamente olvidan aquellos que nos hablarán de la «sobriedad castellana» mientras piensan en las llanuras, sin eminencias, de la Mancha. Domingo Ortega es eminencia, como lo son los montes de su Toledo.

Por lo breve le observaremos con el acero. Como todo torero de genio —no pongo ninguna reserva en llamarle y proclamarle genial— ha dado muchos ratos buenos a sus admiradores a la hora de matar. Pero ni aún contándome entre sus parciales puedo presentarle como un clásico de la estocada; clasifiquémosle entre los matadores habilidosos, que han matado con decoro y a quienes los toros no les han durado —con lo que los trofeos no han sufrido merma en su cuantía en el trance final— y dejemos ya este punto del acero, donde no está su gloria, para volver a recrearnos en su arte torero, que (en otro lugar lo tengo ya dicho) quizá en este mismo instante esté realizando una faena solitaria, inimaginable, soñada. Concebida y realizada sólo para él. Porque el instinto torero de Ortega no le dejará nunca mientras el torero viva.

EPILOGO PARA BELMONTISTAS

Tenia ya pergeñadas las líneas finales para encajar la personalidad de Domingo Ortega —según mi modo de ver— en la historia del toreo, cuando recibo un escrito de controversia sobre la primera entrega de este trabajo, en aquel punto en que me refiero a la corrida de Valencia, donde digo que Ortega tuvo un triunfo y una espectadora gritó: «¡El verdadero Belmonte es Ortega!»

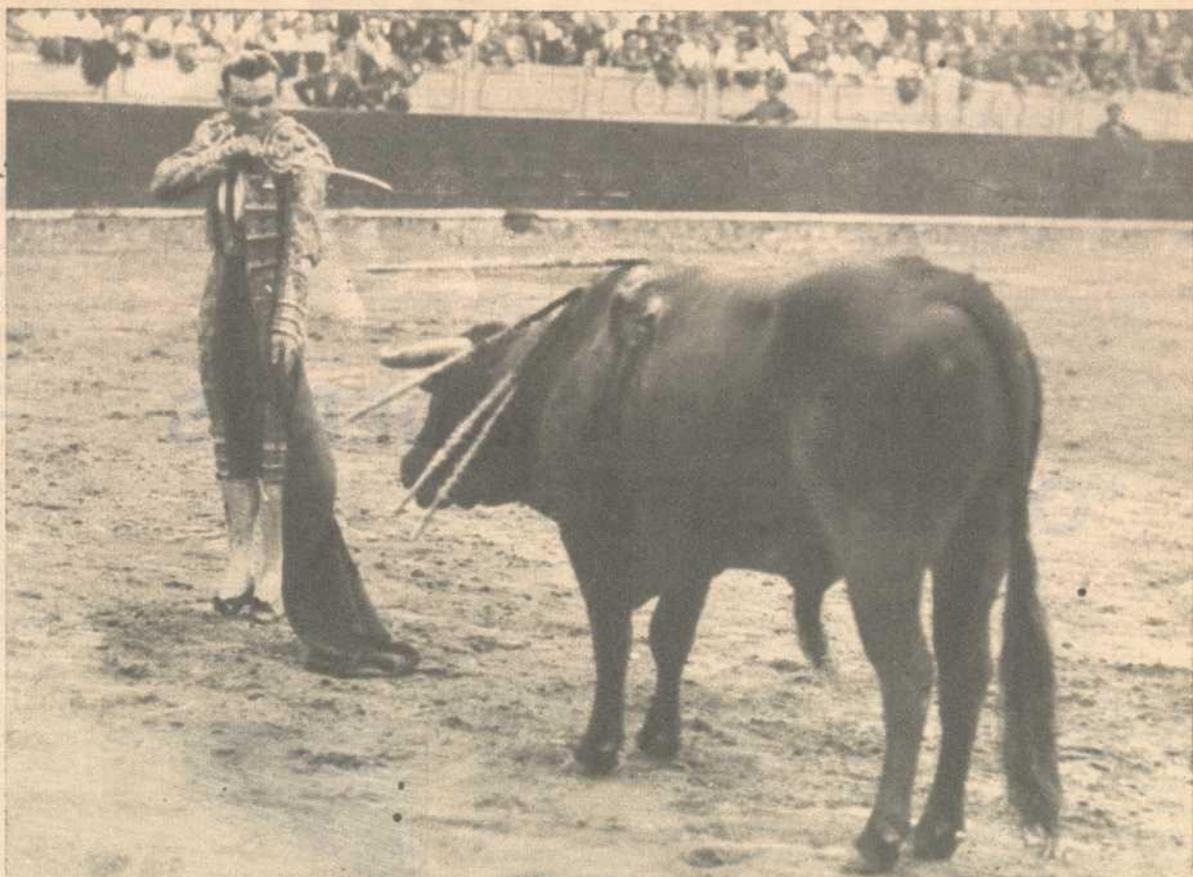
Rehago, pues, el final de mi trabajo para



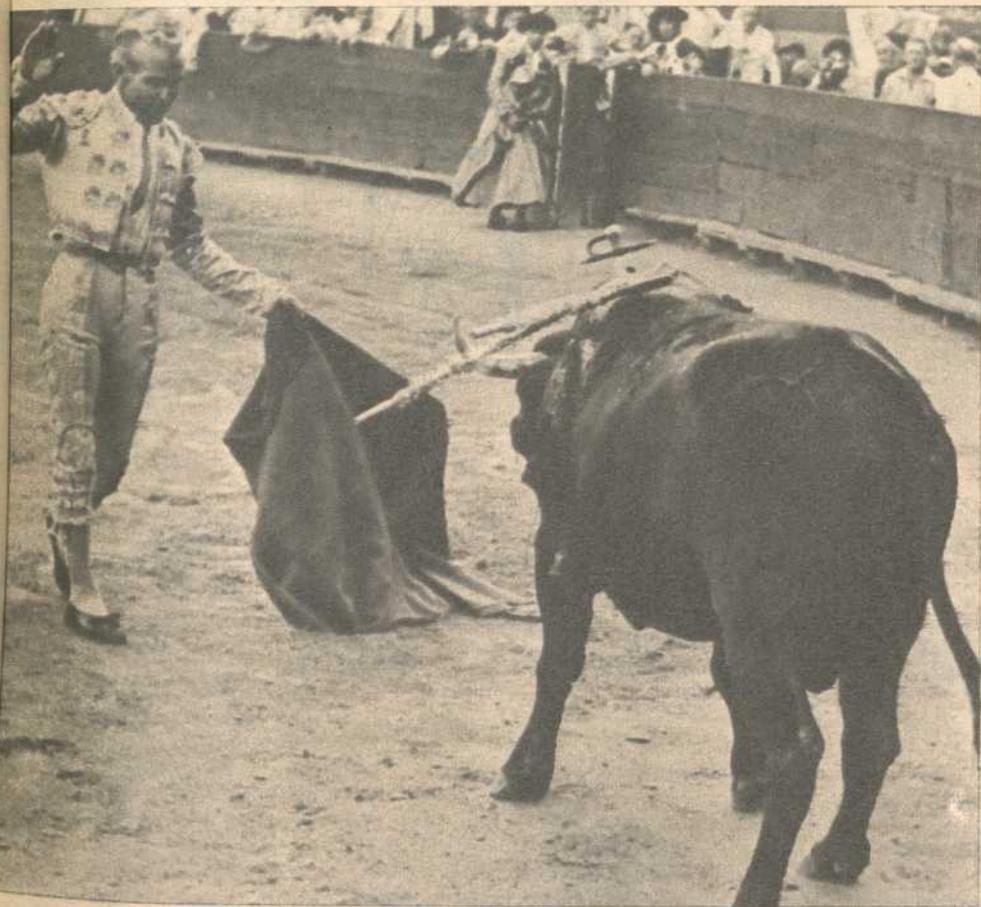
El desplante. Es el detalle final, demostrativo de que toda la faena ha sido dirigida a un fin, y éste logrado. La faena de Ortega es un proceso de madurez, un modelo preciso de la bravura del toro. (Archivo.)

hacer la evocación de estas dos personalidades en muy pocas líneas. Se equivocan aquellos belmontistas que crean que para ensalzar la personalidad de Domingo Ortega hay necesidad de aligerar y disminuir la talla inmensa de Belmonte; ni las cosas son así, ni a mí se me podía ocurrir tamaña estupidez cuando los documentos de autoridad de la época, y estos documentos vivos que son los aficionados que le vieron torear, proclaman su genialidad revolucionaria y artística, que es una de las verdades fundamentales en toda la historia del toreo.

Pero de la misma manera que en Calahorra, creo que el año 35, quienes fueron a ver a Belmonte vieron en verdad a Alfredo Corrochano (y un tercero que quiero recordar como «El Algabero», aunque tal vez mi memoria falle), que estuvieron tanto o más lucidos esa tarde que el trianero (solamente por fueros de juventud, aunque no llegaron a la majestad culminante del maestro, por el cual únicamente recuerdo esta corrida), igual pudo en Valencia y en otra ocasión Domingo Ortega presentarse como astro naciente frente al inevitable declive que los años imponían a Juan, lo mismo que Victoriano de la Serna, el otro alternante de aquella tarde.



No fue Ortega un gran matador, pero sabía hacer perfectamente la suerte. Basta mirar la posición de esas manos —una en la garganta, otra adelantando la muleta— para presentir el cruce fácil y perfecto.



Al llegar el momento final, el estoque venía a refrendar la obra bien hecha, con un sentido escultórico del toreo. Para el mármol, para el bronce, este encuentro del torero vencedor y el toro herido (Foto Archivo.)

¿Que el «terremoto» fue aclamado y cortó orejas? De acuerdo, y lo celebro. Pero todo ello de cara a una definitiva retirada. Por eso, al escribir que «Ortega anuló a Belmonte», no quiero decir que lo hiciese en su colosal personalidad, ni en aquella tarde siquiera, sino en el curso temporal de la historia del toreo, en que uno aparecía cuando el trianero era tan sólo una supervivencia de la más alta gloria torera conocida. Tampoco por eso doy ahora —ni di entonces— a la frase de la espectadora valenciana un valor peyorativo, sino enamorado; era un grito de consuelo ante

la pérdida del trianero. «¡El verdadero Belmonte es Ortega!»; es decir, «me puedo consolar de que Juan ceda al paso de los años, porque en el torero que alborea se conserva todo su saber, todo su hacer, toda su emoción, como ha demostrado esta tarde».

Por eso —amigo Fidel Perlado, testigo de la faena de Ortega en «La Guadamilla», donde le derribó una de las vacas de Guardiola, belmontista entre los belmontistas y procurador que presenta el pliego de cargos en mi contra— diré que no rectifico el juicio aquél ni aunque se aporten en este pleito creden-

ciales firmadas por el maestro Corrochano, pues estimo que mi juicio fue dicho en elogio del trianero que aquí se idolatra.

Y con ello paso a otro punto de la acusación. Se vuelve en ella al tópico de que José y Juan marcan la Edad de Oro del Toreo y que todo lo que viene en su seguimiento no está en esa altura. Yo no puedo ni quiero discutir las dimensiones colosales de la gran pareja; comparto el entusiasmo que pueda sentir por ellas todo aquel que no las ha visto torear, pues a «Gallito» no le alcance y la única corrida que en mi vida pude ver a Belmonte fue la ya citada de Calahorra. Pero cerrar la Edad de Oro a gusto de cada admirador, unos en el año 20 y otros en el año 35, lo estimo tan abusivo como ilegítimo.

José y Juan —como los grandes poetas del Siglo de Oro— iniciaron una época, dieron a ella su norma y su estilo. Y la dejaron abierta, como un paréntesis que no se ha cerrado. Si la Edad de Oro del varias veces centenario toreo es solamente de seis o siete años, en bien poca cosa dejan, quienes esto proclaman, la grandeza del arte de torear.

Domingo Ortega, belmontino en sus iniciaciones, personalísimo luego, perfecto en sus realidades y en el poderío de su armónico toreo, supera o perfecciona muchas de las formas que solamente dejaron esbozadas o sugeridas los colosos. Por eso puede entrar —como los héroes elegidos— en ese Walhalla taurino, en ese recinto sin fronteras de espacio ni tiempo que guardan en sus puertas José y Juan como dos ídolos colosales.

Y puede entrar mirándoles de frente. Yo, al trazar este boceto, lo hice con intención de aportar el recuerdo de mis emociones a esta historia de la Edad de Oro del Toreo, en la que estamos inmersos en este preciso momento, en este alborar del año 1964.

TRES GANADEROS "OCURRENTES"

LA corrida de toros, dígame lo que se quiera, es una fiesta alegre, y de ahí dimana que los ganaderos, los toreros, los vaqueros y hasta los contratistas de caballos sean gente de buen humor, por lo general, y que siempre tengan a mano una buena ocurrencia.

—¿Y qué me dices de los actores?

—Esa es harina de otro costal. En razón al mucho viajeo que lleva mi oficio, he tenido ocasión de tratar a cómicos y hasta a los señores que escriben las funciones, y te aseguro que son un personal serrote en demasía. Parece que todo lo reservan para el escenario y que no quieren que nadie se ría gratis.

—Pues yo, la verdad, que los toreros tengan gracia no me choca. Pero los ganaderos me han parecido siempre personas graves y estrididas.

—¿Quita! No lo creas... ¿Quieres que te cuente ahora mismo tres buenas ocurrencias de otros tantos ganaderos?

—Precisamente iba a proponértelo.

—Pues allá va la primera. Estaba con José Anastasio en el patio de la casa de su cortijo, cuando le anunciaron la visita de un cisquero, o sea de un buen hombre que con su borriquillo acarrea al pueblo cercano el cisco que se formaba en un monte que estaban carboneando. El hombre, que no tenía el valor del Cid precisamente, pasaba todos los días un cerote grandísimo, pues a veinte metros de un sitio de la trocha que tenía que seguir, un toro desagenao de los otros le daba las buenas tardes, encampanándose, amusándose, y hasta dando medio paso al frente. Al cisquero todas estas moviciones le hacían poco feliz, y por esa causa, iba aquel día a rogar al ganadero que tomase las medidas oportunas para que no pasase nada... "Yo temo que me mande ese torazo al otro mundo, y como uno es padre de familia..." "Y aunque fueras mocito!... ¡Pues nada; no te preocupes, que yo diré a los vaqueros que ahuequen de allí a ese pájaro de cuenta!..." Y con efecto, durante tres o cuatro días no pasó nada, porque el mayoral, ateniéndose

a lo que el amo le había dicho, en cuanto barruntaba que era la hora de pasar el cisquero, achuchaba al toro y le ponía a respetable distancia de la senda. Pero, bien fuese porque no diera mayor importancia a la orden del amo, o porque tuviese que hacer, o sencillamente que se descuidase, el caso es que el cisquero se volvió a encontrar al que creía su enemigo en la vereda, y hasta le pareció que estaba más incomodado que de costumbre. Y con las mismas volvió a quejarse a don José, el cual le dijo que tuviera un poquito de paciencia, porque iban a mudar al toro de careo, o quizá saliera en la primera corrida...

"De todas maneras, yo creo que de no haberte cogido ya, esta mala acción no le interesa..." "Sí, pero cada día le veo más propicio a acometerme..."

El ganadero, al ver que el cisquero no volvía a importunarle, creyó que el asunto se había arreglado de por sí solo

—que muchas veces es lo más admirable y lo más conveniente—; pero el hombre, terne que terne, de allí a poco volvió a la carga, diciendo que el da de antes el toro había dao tres pasos en derechura al grupo que formaban el operario y el burro. Entonces, don José, dándose una palmada en la frente, le dijo: "Mira, muchacho... Hay un remedio muy bueno para tus males y muy sencillo... Vístete de picador y ya verás como el toro no se te arrima ni en una legua a la redonda..."

No me digas que la contestación no tiene su aquel.

—Sí, desde luego; encierra mucha ironía.

—Otro ganadero ocurrente era don Pablo Damián, el cual, siendo militar de profesión, se convirtió en ganadero por su matrimonio con doña Casimira Fernández, viuda de Soler. Don Pablo, a pesar de su aspecto de hombre serrote y enérgico, tenía muy buenos golpes. En una ocasión, en que estaba haciendo obras en el caserío de una de las dehesas, le chocó, a la vista de la nota que le entregó el maestro, que hubiera subido el importe de los jornales de aquella semana, siendo así que el número de obreros era el mismo. Al pedir las naturales

explicaciones, contestó el susodicho maestro:

—Es que mi hijo figuraba antes de peón, pero ya es oficial.

—¿Quién le ha dado la alternativa?

—Pues yo mismo.

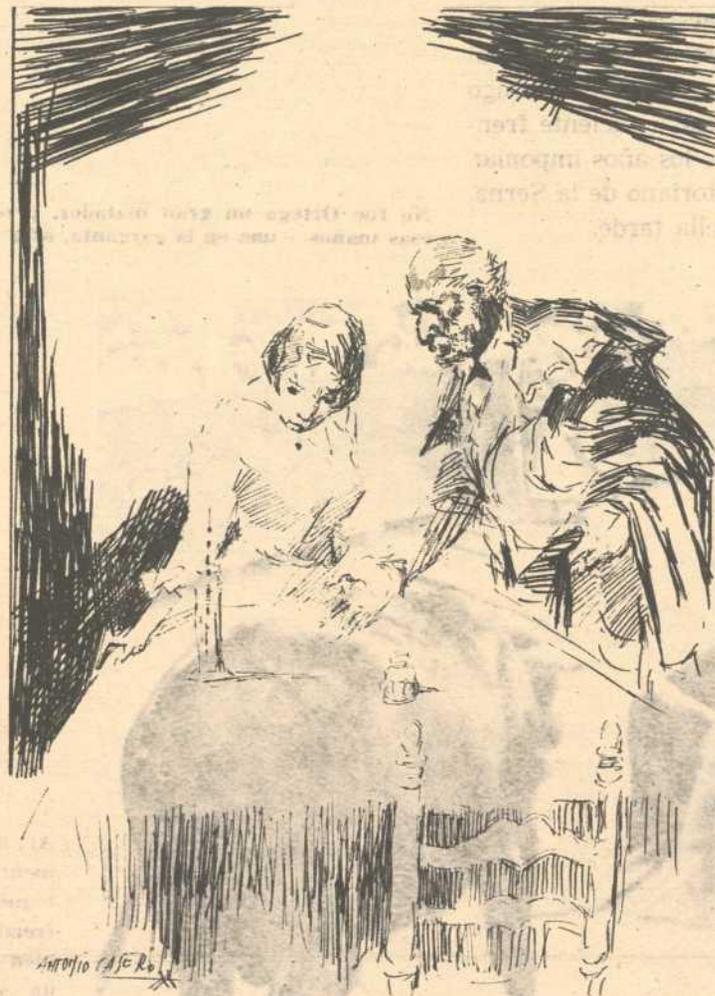
—¿Hombre! Muchas gracias.

—No las merece. Tenía que ser un día u otro y yo he preferido que sea el ascenso en casa de usted, para que el muchacho tenga buen recuerdo el día de mañana.

—Está bien; pero yo te daba las gracias porque le nombrastes solamente oficial. Con el mismo trabajo, podías haberlo hecho arquitecto, y me arruinabas.

—¿Y le pagó la demasía?

—Supongo que no, porque lo que piensa el cazador, piensa la



inaguración, que fue muy sonada, coincidió con el fin de la guerra europea... Ahora que, para guerra, la que le daba una clientela bastante atravesadilla. Don Manuel se propuso desde el primer día servir siempre a los parroquianos leche pura y no cejaba en achuchar continuamente a los criados para que no bautizasen al producto por su cuenta y riesgo. Y no sé si lo pudo conseguir del todo, y me malicio que, a lo mejor, en esto estaría la causa de dejar el negocio pocos años después.

El hecho es que la señora en cuestión, cada lunes y cada martes, le echaba el teléfono para decirle la cantidad de agua que llevaba aquel día la leche, la cual, entre paréntesis, estaba tan bien presentada como

los toros de la casa. Don Manuel, con gran acopio de paciencia, le decía que cómo iba a ser capaz ella de saber lo que él, que estaba encima del negocio, ignoraba. Según se ve, la señora en cuestión tenía un aparatito que sabía más que Merlín, y no se dejaba engatusar fácilmente, por lo cual varias veces invitó al ganadero que fuese a su casa para comprobarlo. Al fin, un día en que nuestro paisano había pisado buena yerba —valga el decir, que tanto se dice— se presentó en casa de la señora, que le recibió con mil zalamerías. Le llevó al comedor, en donde tenía ya preparado un vaso alto y estrecho, a manera de un tubo. Le llenó de leche, metió el juguete chivato, que era como un termómetro, y este chisme declaró muy serio que había un diez por ciento de agua.

—¿Lo ve usted? Este aparatito no miente, como hacen las personas. El no disfruta de alma y la verdad no tiene más que un camino.

—Es curioso —dijo don Manuel, haciéndose el infeliz.

La señora vació el cacharro, le enjuagó bien y le llenó con agua de la jarra que tenía sobre el aparador. El artefazo dijo esta vez: "Cien por cien de agua".

—¿Lo ve usted? ¡Si no falla! ¡Si no puede fallar de ningún modo!

El visitante se quedó como pensativo y al fin la preguntó:

—¿Tiene usted salero?... Entiéndame, salero tiene y mucho.

—Muchísimas gracias, don Manuel. Pero, por si pira el pequeño cacharrito con sal que se usa en las comidas, aquí le tiene.

—El ganadero se volvió de espaldas, para que la señora no le viese manipular. Todo se reducía a ir echando sal, sin sacar del líquido el utensilio que hacía de Juan Declarante, el cual iba saliéndose cada vez más, a medida que se ponía el agua más salada. Llegó un momento en que marcaba "Leche pura". Entonces don Manuel, con aire de triunfo, le dijo:

—¿Señora! Aquí tiene usted lo que tanto desea... ¡Leche completamente pura! Bébase de un trago... y que le haga buen provecho. El aparatito no miente; eso se queda para las personas y la verdad no tiene más que un camino... ¡Buenas tardes!

—¿Y siguió llevando leche de "La Alquería"?

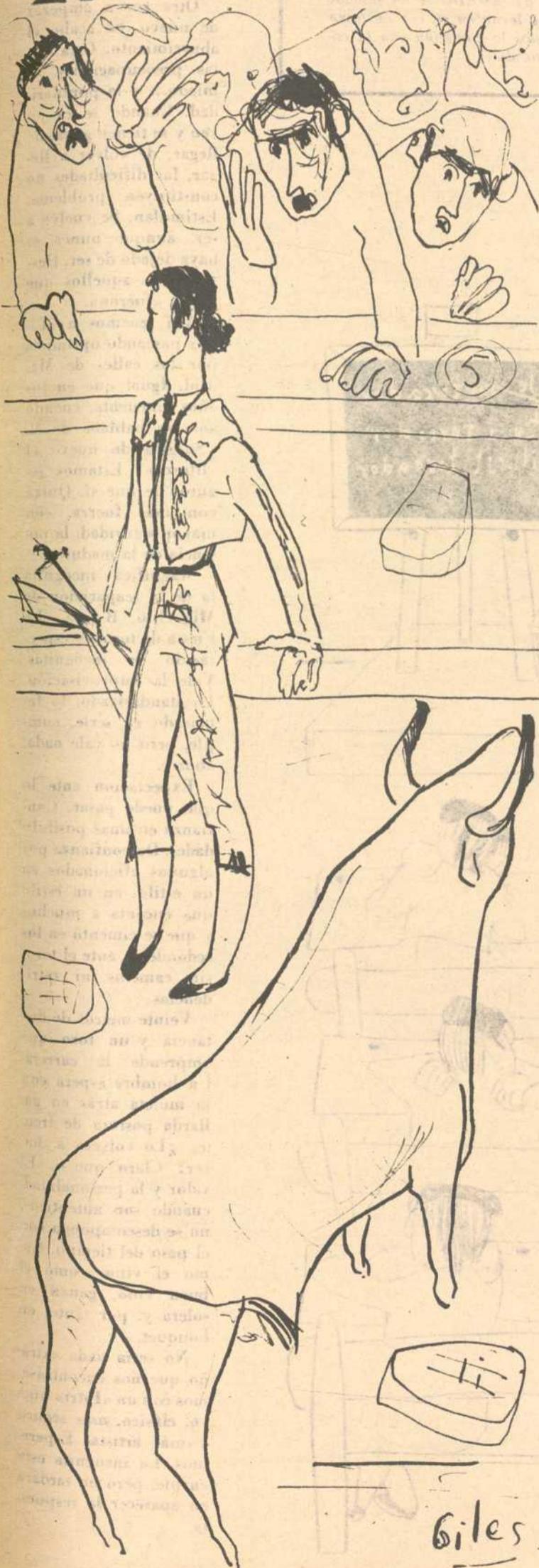
—¿Qué cosas tienes! Es suponer que no, porque encien de haber recibido una lección justa, se incomodaría pensando que se habían burlado de él. Pero don Manuel, por de pronto, se rió mucho a su costa, si las cosas sucedieron como me sospecho, acabó librándose de una posma, dicho sea de todos los respetos...

L. FERNANDEZ SALCEDO

4. TOROS TOREEROS Y JURISTAS

(DE LOS RECUERDOS DE UN EX PRESIDENTE, EX DELEGADO Y EX AFICIONADO TAURINO)

Por CARLOS CABA



VIVIA yo por los años de 1930 y 1931 en la entonces llamada calle de Torrijos, frente a la fachada posterior del colegio escolapio de Porlier, que, durante la guerra y después de terminarse ésta fue «jaulón» de presos políticos. Bueno, en 1936, de políticos y de los otros. Y si no que lo diga «La Tina de Jarque», un «piquero» e invertido jefe de cocina o así. Más arriba, en la misma esquina de Diego de León existía un solar donde después se ha levantado el nuevo Gran Hospital. Y en el solar «futebolaba» la chavalería y algún que otro zancarrón de los contornos metidos en achaques futboleros. Y debió ser por invierno 1930-1931, cuando un día que contemplaba el juvenil esparcimiento, tomando, de paso, el sol, alguien me dijo:

—Aquel que coge ahora el balón es un estudiante de Medicina que quiere ser torero. Dicen que viene pegando. Se llama La Serna.

Había entrado en órbita, como ahora diríamos, y precisamente en la órbita del planeta taurino, un grupito intelectual: Victoriano de la Serna, Alfredo Corrochano, «El Estudiante»... Sin embargo, el barullo, el entusiasmo y la crispación en los tendidos lo provocaba un representante del estado llano: un torero de capeas, de fatigas en Plazas de carros, de lucha a brazo partido con los «pavos chaqueteados» que soltaban por esos villorrios, bajo la tutela de garrotas y cachavas de los mozos crudos del lugar, dispuestos a no permitir a los «maletillas» que se refugiaran bajo las ruedas de los carros ni gatearan hasta ellos. Este producto del agro se llamaba Domingo López Ortega «Orteguita». Pómulos duros, aire rústico, conjunto primitivo, prestancia toca de dominador. Madrid lo conocía ya por el «paleta de Borox». Y se decía de él, como los tendidos iban comprobando, que podía con lo le echaran por el portón de los toriles. Sus doblones hacían rechinar el espinazo de las bestias bravas cosidas a su muleta. Las dominaba, las machacaba con frío y duro juego de muñecas.

Rápidamente tomó cuerpo una especie de lucha de clases taurinas: un vociferante socialismo de tendido. El clima político del momento se reflejaba en la Plaza aunque en él nada tuviera que ver la torería. Corrochano tenía como handicap su propio apellido. Es una realidad dura y áspera que he pretendido llevar a una novela hace poco rematada. Las masas no toleran al que suponen aupado por influencias familiares. En las mismas dinastías toreras, si hay dos o tres que pueden ser figuras, el tendido sopla implacablemente, apaga sin contemplación las llamitas más débiles y deja en candelero a la más fuerte. Los Dominguín, los Bienvenida, los Ordóñez, pueden testimoniar el fenómeno. Pero que, en el caso de un revistero taurino es mucho más acusada la postura. Al fin y al cabo el revistero es una especie de árbitro del toro que da y quita personalidad como el árbitro de fútbol pita a favor o en contra. Y es por eso por lo que se supone gratuitamente que hay un fondo turbio del que se considera como símbolo el tan traído y llevado «sobre» que los mozos de espada reparten muy cargados de socarronería, en el hall de los hoteles. Y que sólo pueden contener —no nos engañemos— un par de entradas de «tifus». Pero que sirve, en el caso del hijo de revistero, para proyectar sobre el hijo el recelo que se tiene agazapado contra el padre. Aunque, en este caso, el padre fuera una pluma de primerísima categoría y hasta un poco por encima de los trajines de carteles, empresas y ganaderos.

Alfredo Corrochano era un torero muy puesto. Sin una personalidad señera y arrolladora, pero puntuado muy bien en el montón. Sin embargo, pese a todo, el tendido lo situaba en un lugar de «señorito protegido» con notoria injusticia. Si hubiera sido hijo de «Corinto y Oro» o de «Clarito» hubiera sido lo mismo. En cuanto al «mediquín» La Serna ya lo veríamos explicando el texto sobre los cuernos. Y del pollo de Alcalá de Henares, que se anunciaba como «El Estudiante», y parece que llevaba bajo la montera un profesor mercantil o algo análogo, habría que esperar a que saliera al encerado de la Plaza de Madrid. Y que demostrara allí el teorema de la Fiesta: un torero de casta y poderío, frente a un toro ídem, pueden dar, como solución, una buena tarde. Lo demás, mandanga. Los tres sonaban, sonaban... Pero... ¿dónde...? En provincias. Donde había que destaparse, al decir castizo, era en la Plaza del Foro, de Madrid, supremo jurado.

Hasta entonces era corriente en las crónicas taurinas hablar del toro «recortado». Adjetivación que no suponía que se tratara de una res podada en sus defensas naturales. Un toro recortado era el bien encornado; ni corniveleto ni gacho, ni muy abierto de cuerna para no dejar pasar, ni brocho para no poder recoger ni cornear, ni con unos pitones grandes, terroríficos, ni con unos muñones de semental suizo. La palabra iba cargada de otras cualidades: anatomía de toro de lidia, zootécnicamente perfecto de cabeza y rabo y cuernos proporcionados y vistosos de los que dan empaque a esta bonita bestia celtibera. Hondo, agalgado, con músculos y sin grasa asfixiante.

Con la actuación en Madrid de los dos novilleros intelectuales, Corrochano y La Serna, rebotaron los primeros chillidos contra el toro chico y trapío. Protestas con aire de melopea: «Chi... co, chi... co, chi... co...!» Y el caso es que no lo eran ni más ni menos que los que toreaban otros novilleros punteros. Y, además, con la circunstancia afirmativa de que La Serna deslumbró, desde los primeros momentos, con su formidable toro de capa. Y Corrochano convenció por la bien llevada lidia de los suyos. Pero había surgido el hombre del pueblo, el que empujaba desde abajo buscando y exigiendo sitio. Domingo Ortega, despojado ya del primer apellido y del apodo, el «paleta de Borox», ya con la alternativa, iba camino del primer puesto de la torería andante. Desde sus iniciales bofetadas con la peseta, un poco, al principio, al calor de la llueca del viejo Dominguín, echando coraje a la vida y al toro para mandar en las Plazas, tarde tras tarde, dominaba marrajos, aprechugaba con lotes de ganaderías duras, salía al ruedo en plan de domador. Y domaba al toro y domaba al malhumor del tendido cuando no había posibilidad de lucimiento. El tipo de pueblo, por superior, indiscutiblemente, a los «señoritos», diana de los enconos republicanos, barría y borraba, implacablemente. Porque circuló la especie de que alrededor de La Serna, Corrochano, «El Estudiante», «Chiquito de la Audiencia» y otros no procedentes de capeas, se movían preceptores y espoliques, los tendidos protestaban toros que toreaban los demás sin que nadie les chillara. Y no sabría decir si fue en la corrida de la alternativa de La Serna —avisos, broncas—, o al año siguiente en la de «El Estudiante», cuando oí por primera vez un vozarrón que dijo esto o algo por el estilo:

—¿Quién t'ha engañao...? Tú necesitas toros fabricaos a serrucho y garlopa.

Entraba en escena el serrucho. Y, con el serrucho, el toro «fabricao».

Giles

MADRID Y SU ESCUELA DE TAUROMAQUIA

«Nuestro semanario EL RUEDO y la Televisión Española nos han informado que en la capital de España se piensa hacer una gran Escuela Taurina.

La idea nos parece magnífica y desde aquí incitamos y felicitamos a los afortunados autores de tan laudable empresa para que no regateen medios, a fin de conseguir que la Escuela de Tauromaquia de Madrid haga honor al sitio en que se piensa erigir y el significado que encierra una escuela de la Fiesta nacional.

Si la naciente Escuela de Tauromaquia de Madrid se acierta a montar y dirigir con la seriedad y la perfección que el caso requiere, no dudamos que los poderes públicos prestarán la atención y el apoyo económico y moral que merece una institución encaminada a prestigiar, al máximo, la Fiesta que es símbolo de España y el «escaparate» más curioseado por cuantos extranjeros visitan nuestro país.

No pretendemos, ni mucho menos, abogar por que en nuestro país haya tantas escuelas taurinas como de primera enseñanza; pero no deja de ser incomprensible, a la luz de la razón, que uno de los más arriesgados y difíciles artes, de los muchos que se cultivan en nuestro país, sea el único que carezca de escuela oficial y, por tanto, de diploma o título.

Es paradójico que para cantar o bailar en público sea indispensable someterse a la previa censura de un tribunal oficial, y que sea completamente libre la práctica del difícil arte del toreo a la española.

Así se explica la enorme cantidad de artistas taurinos que fracasan totalmente, después de haberse dado así mismos el oportuno título, mediante la arbitraria y caprichosa pantomima, que se conoce con el nombre de alternativa. Así se explica también, que se vayan perdiendo tan bonitas y meritorias suertes, que no faltaban del repertorio de las primeras figuras de pasados tiempos. Se van perdiendo y olvidando muchas suertes, por que al resultar incómodas y arriesgadas (por eso eran meritorias), las primeras figuras de nuestros tiempos dejaron de practicarlas. Si los maestros no las practican en las plazas de toros, los noveles no las pueden aprender. Para esto hace falta una escuela idónea e imparcial que enseñe todas las suertes conocidas en la historia del toreo. La falta de escuela, es la causa de que el toreo, en lugar de progresar en el conocimiento y práctica de nuevas suertes, se va quedando cada vez más «corto», monótono y aburrido, y terminará desapareciendo o sofisticándose hasta quedar desconocido para los clásicos si alguien no pone freno a los actuales practicantes que invaden el cómodo «Paraiso Taurino».

Con la Escuela Taurina Oficial se mitigarían enormemente esos inhumanos y arriesgados aprendizajes a que han de someterse hoy los jóvenes que sueñan con ser toreros.

Por no existir escuela que enseñe los principios científicos inmutables del toreo, estamos pagando un caro tributo de sangre que es el precio que el toro cobra a los osados que se empeñan en hacerse ricos durante sus lecciones de aprendizaje a la vista del público que las paga (actuales corridas de toros). La falta de escuelas es culpable de los fracasos que cosechan muchas prematuras figuras del toreo tan pronto como se enfrentan con una res que necesita lidia, por no pertenecer su bravura al tipo standard del toro de «carril».

De no formarse pronto, por lo menos, una Escuela Taurina Central de Capacitación que enseñe título y regule el ejercicio de este difícil y cotizado arte, no está lejano el día en que el «Paraiso del Touro» quedará monopolizado por «los hijos del cuerpo», que seguirán explotando a sus anchas esta lucrativa mina nacional.

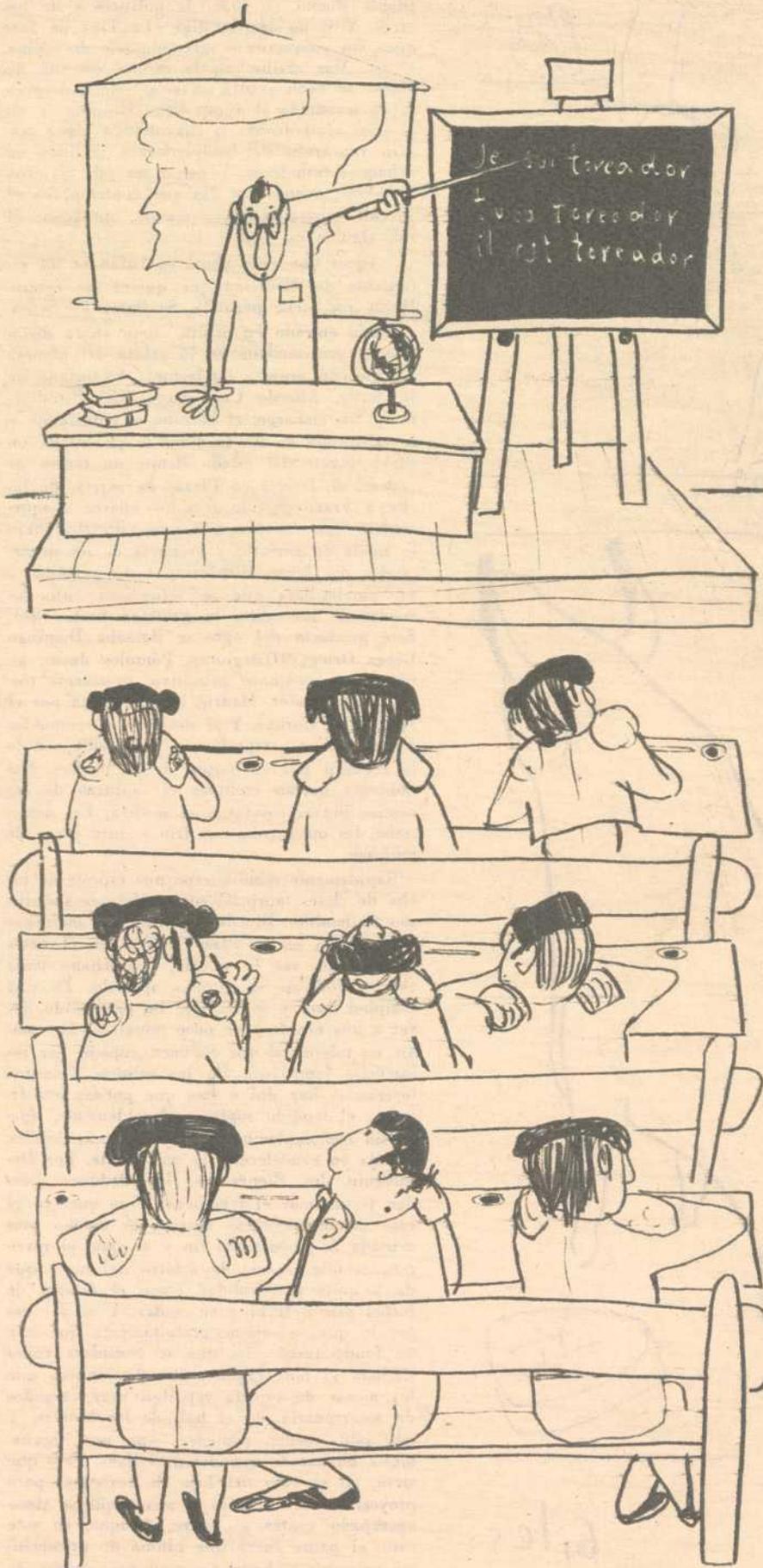
¿Qué sería de la cirugía médica y de los pobres pacientes si cual sucede en el toreo, se pusieran a ejercer los cirujanos públicamente sin los conocimientos previos que les proporcionan las anatomías descriptiva y topográfica y sin otro guía que la intuición y la imitación?

La nueva Escuela de Tauromaquia de Madrid debe gozar del privilegio de oficial para que el Reglamento de la misma sea una garantía para los intereses de la Fiesta. Si el Reglamento de la nueva escuela exigiera como condición para ingresar en la misma que sus aspirantes aportaran un mínimo de conocimientos de enseñanza primaria, sería un buen incentivo cultural para la numerosa juventud española ansiosa de gloria.

Créese por tanto, y muy pronto, la Escuela Oficial de Tauromaquia de Madrid sobre unas bases tan completas y serias, cual corresponde a un organismo que tanta influencia puede tener en el buen crédito de nuestros artistas y de nuestro país, y la tauromaquia habrá dado el paso más decisivo de la historia, en pro del prestigio y de la internacionalización del más bello y emotivo de los espectáculos que el hombre ha inventado para su diversión.»

LUIS GILPEREZ GARCIA
(Del Ateneo de Estudios Taurinos.)

Un miembro del Ateneo de Estudios Taurinos nos escribe sobre tema tan entrañable para nosotros como el de la Escuela de Tauromaquia de Madrid. La capital de España, donde tiene su sede la primera Plaza del mundo, no tiene una escuela de tauromaquia. El rango de la ciudad y su prestigio obligan a los que andamos en este mundo del toro a luchar sin descanso para conseguir que se convierta en realidad esta vieja aspiración nuestra. A la labor de EL RUEDO se ha sumado ya la televisión y habrá más entusiastas que levanten su voz en favor de la creación de esta Escuela. Hoy seguimos la campaña con la comunicación de don Luis Gilpérez García, que dice:



LOS QUE VUELVEN

Otra vez a empezar de nuevo. Se acabó el aburrimiento. Otra vez las preocupaciones, el miedo... y la popularidad. Cuando se es joven y se tienen ganas de llegar, de volver a llegar, las dificultades no constituyen problema. Estimulan. Se vuelve a ser, aunque nunca se haya dejado de ser. Desgraciados aquellos que nunca «fueron».

Ahí tenemos a «Litri» paseando optimista por las calles de Madrid. Igual que en los años cincuenta, cuando sólo se hablaba de él. ¿Surgirá de nuevo el «litrazo»? Estamos seguros de que sí. Quizá con más fuerza, con mayor seguridad, la potencia de la madurez.

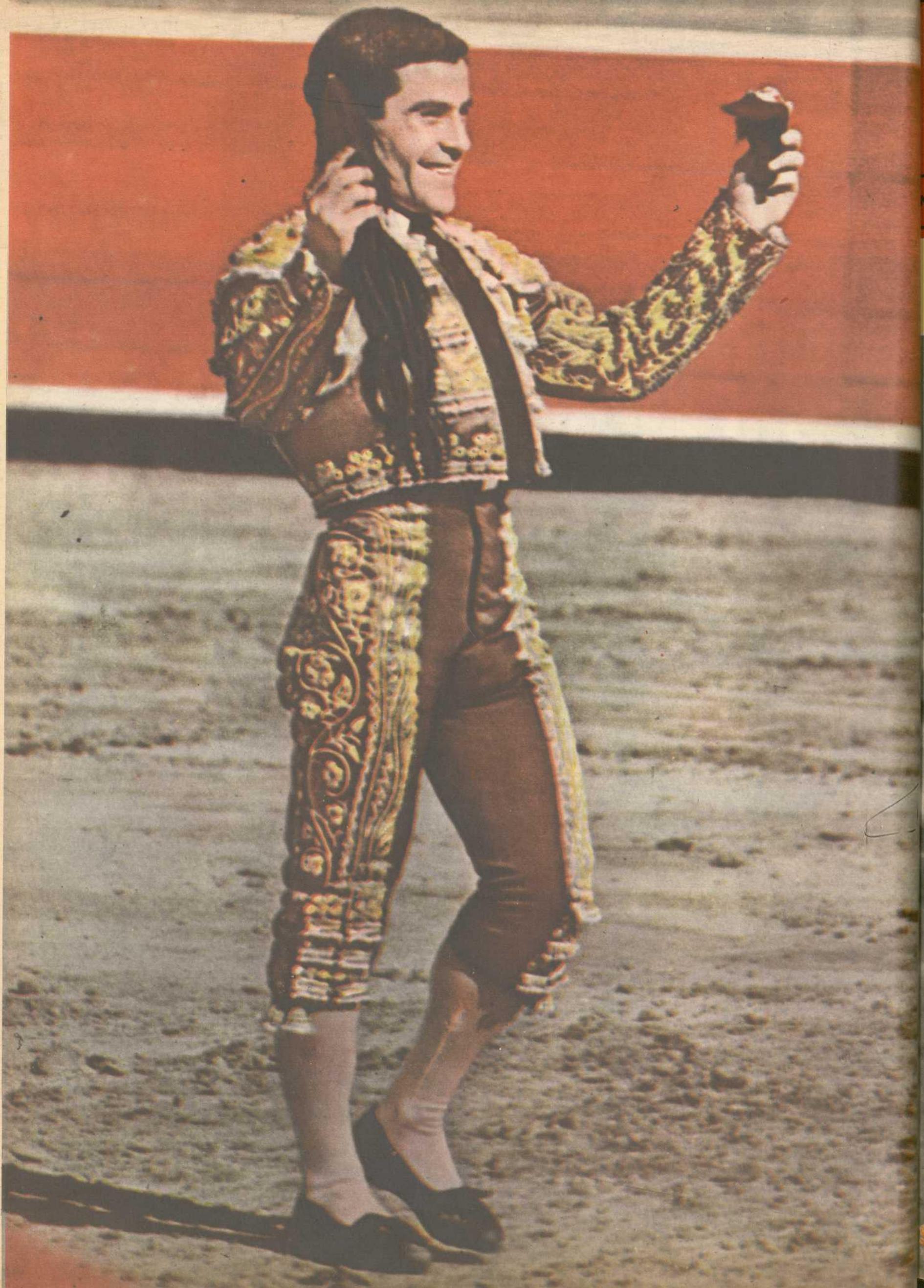
Magnífica incógnita la de la reaparición de Miguelito Báez. La Fiesta de toros es espectáculo de incógnitas. Vale la improvisación. Lo standarizado, lo fabricado en serie, cumple, pero no vale nada, aburre.

Expectación ante lo que puede pasar. Confianza en unas posibilidades. Desconfianza por algunos aficionados en un estilo, en un estilo que encanta a muchos y que se cimentó en los redondeles, ante el toro, sin camelos ni estridencias.

Veinte metros de distancia y un toro que emprende la carrera. Un hombre espera con la muleta atrás en gallarda postura de frente. ¿Lo volverá a hacer? Claro que sí. El valor y la personalidad, cuando son auténticos, no se descomponen con el paso del tiempo. Como el vino, como el buen vino, ganan en solera y, por tanto, en bouquet.

No sería nada extraño que nos encontrásemos con un «Litri» nuevo, clásico, más seguro y más artista. Esperemos. La incógnita está en pie, pero no tardará en aparecer la respuesta.





Nú

A
J

So